



**Voces** de la  
**montaña,**  
el **río** y el **mar**





Título: Voces de la montaña, el río y el mar

Estudiantes Ecosistemas y Sociedad 2024-2

Maestría en Medio Ambiente y desarrollo

Instituto de Estudios Ambientales (IDEA)

Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá

Ilustración: estudiantes Ecosistemas y Sociedad 2024-2

Edición: Camilo Rodríguez, Luis Miguel España Leal y Rocío Barajas Sierra

Diagramación: Rocío Barajas Sierra

Ilustración portada: Luis Miguel España Leal

Primera edición, 2025

Material de libre divulgación

Voces de la montaña, el río y el mar



# Contenido

<i>Prólogo</i> .....	9
La subienda perdida: un viaje con el Mohán .....	13
El llamado de Cumanday .....	23
Momotus, el abuelo de las aves.....	33
Las raíces de lucha de un viejo roble .....	39
Guardianes de la laguna .....	49
San Cipriano: memoria, resiliencia y sabor .....	53
Yaré, la guardiana de Guapi.....	61
Un paraíso en peligro: el mensaje de Gorgona.....	69
Cuando la marea sube, el manglar suena .....	77
Planeta Ventura .....	87
El peso del oro.....	93
<i>Dedicatoria y agradecimientos</i> .....	101





# Prólogo

Todo el tiempo me pregunto ¿qué hacer ahora, cuando pululan las crisis y el horror es el pan de cada día? En búsqueda de respuestas intento establecer contacto. ¿Con quién? Con un ojo, una oreja, un estómago o un corazón; con un rostro, un alma, lo infinito o la eternidad.

En ese camino te encuentro a ti, a quien sostiene y lee este libro. «¡Yo lo sabía!», le suelo decir a las almas que recuerdo, «nos conocemos de antes». Sabios, sabedoras, músicos, poetas, locos ¡siempre los locos!, locos de todas las épocas, pero incluso científicos y científicas de todas las áreas lo empiezan a reconocer.

«¿Reconocer qué?», te preguntas.

Que todos somos lo mismo, que nosotros somos los otros que *yosoytu* que *tueresyoy*; que todos somos una sustancia rara con muchas formas y colores, pero todos somos la naturaleza, la divina naturaleza...

Todos compartimos abuelos, el último ancestro común universal.

Todos nosotros los vivos venimos de la tierra, del fuego, del agua, del aire y del rayo.

Todos estamos hechos de lo mismo y todo lo que corre por nuestras venas algún día fue parte de las estrellas.

Somos parientes, hijos de una bacteria y una arquea que, en vez de destruirse una a la otra, optaron por unirse, por cooperar, por fusionar sus cuerpos, por amarse. Así cuenta la biología el proceso de simbiosis que dio origen a la célula eucariota y con ello a un estallido de vida en el planeta.

Escucha dentro de ti y mira el infinito del espacio y del tiempo, el movimiento de los astros, la magia de las palabras, el curso de los ríos, la neblina del páramo, las gotas del hermoso rocío; el jaguar y la piangua, la isla y la montaña, el barrio y el manglar. Información, materia y energía corren y nos recorren; nos unen hoy, desde siempre y para siempre a todo lo demás.

Por eso siempre digo que no estamos solos, es imposible, estamos juntos y revueltos. Pero se nos nubla la vista, se nos enturbia el corazón, se desvanece nuestra atención, el alma se hace pesada y lo olvidamos.

Allí entramos nosotros, todos aquellos que hicieron este libro con palabras, colores, acuarelas, ratones y monitores. Nosotros, quienes ofrecemos este libro como un recuerdo. Once cuentos que nos traen a la memoria antiguas épocas y míticos guardianes del río; espíritus de la montaña y la sabiduría de la abuela; mujeres hechizadas en forma de ballena que reencarnan en animales del paraíso; manglares exuberantes de vida que traen respuestas con la marea a los más grandes interrogantes y que con la marea se van; ciencia y conciencia que juntas logran vencer la ambición y la codicia; y jaguares protectores de planetas.

También nos recuerdan deliciosa comida, recetas para encontrar y sanar corazones desde las profundidades del estómago. Encocado de muchillá, queso paramuno y viudo de bocachico hacen parte de tesoros familiares, delicias que marcaron la vida e invitaciones a conocer extraños sabores que se podrían convertir en tu próxima aventura y descubrimiento. Memorias sobre los antiguos secretos escondidos en la hoja del guayabo, del romero, del samán, de la guanábana y en la olla comunitaria... donde se ocultan medicinas contra venenos que atacan el cuerpo y contaminan el alma.

Este libro es un esfuerzo materializado por coordinar nuestras manos, mentes, deseos y sentimientos con ocasión del recorrido que hicimos a finales de 2024 desde el río Bogotá, en el centro del país, hasta el mar Pacífico, atravesando, entre otros, los ríos Otún, Guapi, Escalaerete y San Cipriano de las cuencas del Magdalena y del Cauca; desde el Nevado del Ruiz, al puerto de Buenaventura y las playas de Gorgona y Sanquianga; un camino de luchas y dignidades en resistencia por el agua, la memoria, el alimento, la vida y el territorio.

Aquí nos encontrarán a nosotros, exponiendo el orden y el caos de nuestros pensamientos, la naturaleza impetuosa y turbulenta de nuestras pasiones. Nuestras formas de sentir, de tocar, de mirar las cosas y de mirarnos en ellas; de imaginar mundos posibles, de escribir nuestros anhelos y esperanzas. Nosotros estamos retratados en estos cuentos, pero quizás tú también te puedas encontrar en forma del abuelo frailejón, de pájaros mochileros, ranas guardabosques, piuras preguntonas, robles renacientes, monos cariblanco, en un sabio lagarto azul o en pájaros que renacieron en la ciudad por medio del canto, la danza y el dibujo.

Ante la desconexión y el olvido, la fantasía nos llama al cuidado, al respeto, a la amistad, a construir realidades donde nuestra relación con la naturaleza es fuente de vida y no un peligro mortal. A favor de ello, seres de toda índole hablarán a continuación.

—¿La condición?

—Ninguna. El compromiso: «escuchar, aprender y llevar nuestro mensaje al mundo de los humanos».

Camilo Rodríguez  
Marzo de 2025  
Bogotá, Colombia





# La subienda perdida: un viaje con el Mohán<sup>1</sup>

En la época de subienda, don Raúl fue a pescar junto a sus viejos compañeros, como lo hacía cada año, pero en sus intentos no lograron capturar muchos peces. Al llegar a la casa, don Raúl le comentó a su esposa lo sucedido, ella suspiró con nostalgia y mencionó que añoraba un «viudo de bocachico»; sus nietos, Alejandro y Manuela, le preguntaron a su abuela con ojos curiosos:

—Abuela, ¿qué es un viudo de bocachico?

Doña Carmen sonrió y, mientras avivaba el fogón de leña, les respondió:

—El bocachico es un pez que vive en el río Magdalena y ha sido muy importante para muchas familias, porque lo han comido durante generaciones. Antes, cuando llegaba la subienda, los pescadores atrapaban muchos, pero ahora hay cada vez menos y es más difícil encontrarlo.

Hizo una pausa, como recordando aquellos días, y continuó:

—El viudo de bocachico es un plato delicioso que mi madre preparaba cuando conseguíamos bocachicos grandes, aunque también puede hacerse con otros peces del río Magdalena. Se cocina al vapor con yuca, plátano y un guiso de cebolla y tomate. Primero, se agrega un poco de agua en la olla, luego se colocan unos palitos en forma de cruz en el fondo y se cubren con hojas de bijao para evitar que los ingredientes toquen el agua. Después, se acomodan la yuca y el plátano, y encima, el pescado sazonado con sal. Finalmente, se cubre con más hojas y se deja hervir lentamente. Así, el sabor se impregna en cada bocado y la casa entera se llena de un aroma delicioso.



<sup>1</sup> Autores: Yazmin Johanna Aldana Holguin, Gabriela Pinto Rodríguez, Daniela Forero Niño, Lina Marcela Cifuentes Correa y Sergio Vargas Correa

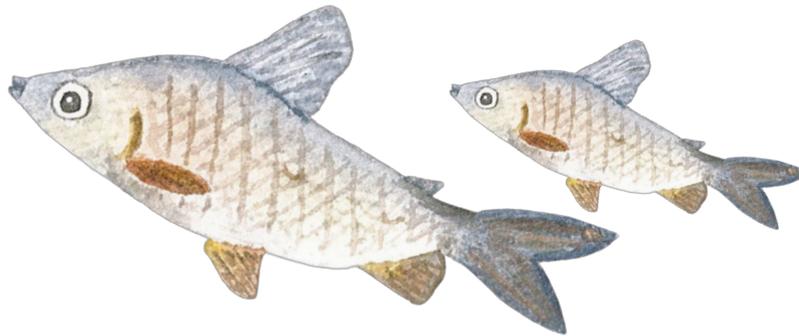
Los niños se miraron con emoción. Alejandro, de inmediato, dijo:

—¡Entonces tenemos que pescar un bocachico, abuelo!

Don Raúl rio con ganas y revolvió el cabello de su nieto.

—No es tan fácil, muchacho. Pero si quieren aprender, mañana al amanecer los llevaré al río.

Esa noche, los niños apenas pudieron dormir, soñando con atarrayas y el aroma del viudo de bocachico hirviendo en la olla. Por la historia que les contó su abuela, imaginaban un río lleno de peces y redes cargadas.



Al siguiente día, Alejandro y Manuela se despertaron antes del amanecer para acompañar a su abuelo al río. Don Raúl era un hombre de piel morena, delgado y de estatura media. Su cabello canoso era escaso, pero seguía siendo fuerte y ágil gracias a los años de pesca. Con sus manos grandes y rápidas, llevaba la atarraya al hombro y, con una sonrisa llena de esperanza, caminó junto con sus nietos y otros pescadores hacia la orilla... El Magdalena se extendía tranquilo, mientras se reflejaban los primeros tonos dorados del sol entre las grandes montañas oscuras que lo rodeaban. Los árboles cercanos al río dibujaban sombras en la oscuridad, mientras algunas estrellas brillaban en el cielo. El aire fresco de la madrugada traía el murmullo del río, el susurro de las hojas de los árboles y las voces bajas de los pescadores que preparaban sus redes. A sus orillas, las rocas contaban historias de hace millones de años, cuando el río comenzó a abrirse paso entre las montañas. Esas rocas redondeadas en la arena habían viajado con la corriente por mucho tiempo, mientras mostraban en

su corteza las marcas del agua y el viento. Bajo la tierra, el río escondía antiguos caminos de agua que seguían su curso en secreto, como venas invisibles que alimentaban la vida a su alrededor y se conectaban no solo con esta región, sino también con otras regiones remotas.

Durante horas, lanzaron las redes una y otra vez, pero el agua devolvía solo unos cuantos peces pequeños. El abuelo suspiró con pesadez, su expresión se ensombreció.

—No llegaron suficientes peces... —murmuró, con voz apagada.

Los otros pescadores se miraron entre sí, compartiendo la misma preocupación. No era la primera vez que el río viajaba con tan pocos peces, pero cada año, la pesca se volvía más incierta. Alejandro y Manuela sintieron un nudo en el estómago. Nunca habían visto a su abuelo tan abatido.

De regreso a casa, nadie dijo una palabra. La tristeza de don Raúl pesaba más que la atarraya vacía en su espalda. Al llegar y escuchar la noticia, doña Carmen se preocupó. Los pocos peces que sacaban del río se vendían en la plaza de mercado del pueblo para obtener ingresos y sostener el hogar; otros se guardaban para el consumo de la familia, pero ahora la situación era alarmante.

Al ver la nostalgia en los ojos de sus abuelos, Alejandro y Manuela decidieron ir al río, buscando respuestas en el agua. Se sentaron en la orilla y hablaron sobre lo que les preocupaba.



Manuela comenzó a ver unas ondas en el río que se aproximaban a ellos. Le dijo a Alejandro lo que estaba viendo, pero Alejandro estaba metido en sus pensamientos.

—Hay algo verde en el río y viene para acá —exclamó Manuela.

Alejandro escuchó la palabra «verde» y levantó su mirada. Del agua salió un hombre alto, delgado, con cabello largo, barba espesa y cubierto de musgo.

Manuela y Alejandro gritaron muy fuerte, se miraron y muy rápidamente se levantaron y corrieron como nunca lo habían hecho. De la nada, ese hombre extraño había aparecido, y antes de que pudieran reaccionar, la figura se interpuso en su camino y les bloqueó el paso.

—No corran, niños... —dijo el extraño con voz profunda—. No les haré daño.

Los niños se quedaron inmóviles, con el corazón latiendo con fuerza.

—¿Quién eres? —logró preguntar Alejandro.

El hombre sacudió el musgo de sus hombros y los miró con ojos oscuros, profundos como el río.

—Soy el Mohán, el Guardián del Magdalena.

Manuela tragó saliva y, aunque el miedo aún la dominaba, se atrevió a preguntar:

—¿Por qué has salido ahora?

El Guardián suspiró con gravedad.

—Porque escuché su tristeza... La nostalgia de los ancianos por lo que el río solía ser. Y porque ustedes, niños, tienen en sus manos el futuro de estas aguas.

Alejandro y Manuela se miraron sin saber qué responder. El río se seguía moviendo suavemente, como si sus aguas contuvieran un secreto antiguo.

—¿Nos estás diciendo que el río está en peligro? —preguntó Alejandro, preocupado.



El Mohán asintió lentamente.

—Si no lo cuidan, si olvidan su historia, los peces desaparecerán, los cantos de los abuelos se apagarán, y el río que tanto aman se convertirá en un hilo de agua triste y enfermo.

Los niños guardaron silencio. De pronto, entendieron que la tristeza de sus abuelos no era solo por un viudo de bocachico... sino por todo lo que estaba desapareciendo junto con él.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Manuela, con determinación en su mirada.

El Mohán sonrió por primera vez, y el río pareció brillar junto al sol.

—Eso, pequeños, es algo que podemos descubrir juntos...

Con un silbido grave y un chasquido de dedos, el Mohán invocó un torbellino de hojas secas que envolvió a los niños. Cuando la brisa se disipó, ya no estaban en la orilla del río, sino en un lugar vibrante, lleno de voces que ofrecían alimentos, cantos de aves y colores.

—Bienvenidos a la Plaza de Mercado de Honda —anunció el Mohán—, pero no como la conocen ahora.

Los niños miraron a su alrededor, maravillados. El aire olía a frutas frescas, a queso recién hecho, a pescado y a leña ardiendo en los fogones de los puestos. Entre los pasillos de piedra, los comerciantes ofrecían sus productos, mientras las campanas de una iglesia cercana resonaban a la distancia.

—Miren bien —dijo el Mohán, señalando con su mano— esta plaza no siempre fue un mercado. Hace mucho tiempo, aquí había un convento franciscano.

Alejandro, con los ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Y cómo pasó de ser un convento a lo que vemos ahora?

El Mohán suspiró, como quien desempolva recuerdos lejanos.

—Un terremoto lo destruyó —explicó—. Luego, construyeron aquí una escuela, pero cuando comenzó la Guerra de los Mil Días, en 1899, se convirtió en un cuartel de soldados. Imaginen botas resonando en estos mismos pasillos...



Los niños imaginaron y, por un instante, el bullicio del mercado se transformó en el eco de botas golpeando el suelo de piedra.

—Las guerras han dejado su huella en esta tierra y en estas aguas, pero hay más historias que contar —dijo el Mohán, agitando la mano—. Vengan, hay algo que no pueden perderse.

Los llevó hasta un puesto donde una mujer vendía frutas. El Mohán tomó algunas y le entregó una a cada niño.

—Prueben —les dijo con una sonrisa.

Los niños le dieron una mordida al fruto y sintieron una explosión de dulzura. Rieron, porque, por un momento, se sintieron parte de aquella historia viva, de un pasado que aún respiraba en cada rincón de la plaza.

Después de terminar sus mangos, el Mohán los condujo más adentro de la plaza, entre puestos llenos de colores y aromas intensos. Se detuvieron frente a un mostrador repleto de pescado fresco. Había bagres enormes, nicuros plateados y bocachicos brillantes acomodados.

—¡Muchos peces! —dijo Manuela con asombro.

Alejandro miró confundido al Mohán.

—Pero... ¿Por qué aquí hay tantos peces si mi abuelo Raúl no pudo pescar ninguno en el río?

El Mohán los miró y pasó la mano sobre los peces, como si descubriera un viejo secreto.

—Es porque ahora estamos en el pasado —susurró—. Antes, el río Magdalena era un tesoro, sus aguas estaban llenas de vida, los pescadores siempre regresaban con redes rebosantes, y la plaza de mercado era testigo de esa abundancia.

El Mohán miró a Alejandro y Manuela.

—No basta con contarles lo que pasó —dijo con voz profunda—. Es mejor que lo vean por ustedes mismos.

Con un movimiento ágil, tomó un puñado de agua de un barril cercano y la lanzó al suelo. Al instante, la plaza pareció desvanecerse en un remolino de luz y viento. Los niños sintieron cómo el mundo giraba a su alrededor.

Cuando todo se quedó quieto, ya no estaban en la plaza de mercado. Bajo un cielo azul intenso, el río Magdalena se extendía majestuoso, abrazando los ceibos, guayacanes y acacias que desplegaban sus ramas como brazos protectores.

—Suban —dijo el Mohán, señalando una canoa de madera que flotaba en la orilla.

Los niños subieron maravillados. Ahora podían ver más de cerca el rostro del Mohán: curtido por el sol, con manos grandes y arrugadas que remaban con calma.

El aire cálido acariciaba su piel, y el susurro del agua se mezclaba con el canto de las aves que anidaban en los árboles. A su alrededor, el río era un espectáculo de vida. Cientos de bagres, capitanes y bocachicos saltaban sobre la superficie, rompiendo el espejo líquido del Magdalena en destellos fugaces.

—¿Esto es de verdad? —preguntó Manuela, con los ojos llenos de asombro.

—Así era hace muchos años —respondió el Mohán—. Aunque siempre había peces, había un período llamado «la subienda», en el que se pescaban más que nunca. El río respiraba vida, y los pescadores solo tenían que lanzar sus redes para recibir el regalo de sus aguas.

Alejandro estiró la mano y dejó que el agua le resbalara entre los dedos.

—Es hermoso... —susurró.

El Mohán asintió.

—De hecho —continuó Manuela—, en el colegio nos dijeron que estas aguas han sido testigo de muchos eventos históricos. Uno de ellos fue la Real Expedición Botánica liderada por José Celestino Mutis, en la que se describieron más de 20 mil especies de plantas y también muchos animales. Nos llevaron al Bosque de Mariquita para mostrarnos algunas de esas especies y nos explicaron que este bosque aún se conserva porque es un tesoro natural, casi como un museo vivo.

—¡Sí!, es verdad —dijo Alejandro. De pronto, comprendió algo sorprendente: el río no solo unía pueblos y personas, sino también historias y lugares asombrosos. Era un hilo invisible entre el pasado y el presente, que llevaba consigo secretos, viajes y recuerdos que seguían vivos en cada rincón por donde pasaban.

Alejandro y Manuela, aún maravillados por el momento, se miraron y, sin decir ni una palabra, recordaron la situación actual del río Magdalena; su rostro pasó de alegría a tristeza. Manuela miró al Mohán y le preguntó con ojos vidriosos:

—¿Qué le pasó al río?, ¿por qué ya no es así?

—Por las acciones de algunos humanos —dijo el Mohán—, muchos han contaminado sus aguas, talado sus árboles y pescado de forma desmedida. Hay personas que no ven al río como un ente que da vida, sino con ojos de codicia, como un medio para enriquecerse. Otros simplemente no se preocupan por su bienestar ni por el de los seres que lo habitan. El río Magdalena atraviesa varios territorios y cualquier actividad que se haga en uno de



ellos afecta el resto del río. Si lo dañan, su sufrimiento va más allá de estas aguas, pero si lo cuidan, su vida se regenera y su fuerza alcanza cada rincón por donde fluye. Todas las criaturas de este planeta estamos conectadas; nunca lo olviden.

La noche empezaba a caer y, de repente, la canoa empezó a cambiar su curso. Alejandro y Manuela no notaron el cambio en la dirección porque escuchaban atentamente cada una de las enseñanzas del Mohán. De pronto, la corriente se volvió más suave y la canoa se deslizó hacia un lado. —Estamos en la orilla —se percató Manuela. Antes de que pudieran moverse, sintieron una brisa cálida. Sin saber exactamente cómo, ya no estaban en la canoa. Sus pies tocaban la tierra firme. Al levantar la vista, la figura del Mohán parecía desvanecerse en el otro extremo de la canoa, alargándose entre las ramas de los árboles, hasta desaparecer.

Alejandro y Manuela se quedaron en silencio. Empezaron a caminar por la orilla del río, todavía asimilando lo vivido. Había sido un viaje intenso y lleno de historias.

Al regresar a casa, se sorprendieron al ver que su abuela los recibía con un viudo de bocachico. Comieron con mucho gusto, pues las aventuras del día les habían dejado con un gran apetito.

Curiosos, le preguntaron a la abuela cómo había conseguido el abuelo aquel pescado, y ella respondió:

—El abuelo me contó que sintió que el río lo llamaba para intentarlo una vez más. Y, después de eso, él y sus compañeros lograron pescar en abundancia.

Los niños se miraron sin decir una palabra. Sabían que no había sido una simple coincidencia. Comprendieron que fue el Mohán quien hizo su magia para que la pesca fuera próspera. En ese momento, entendieron que, aunque ya no estuviera a su lado, su magia y protección siempre los acompañarían.

Al día siguiente, el sol brillaba con fuerza sobre el pueblo, y Alejandro y Manuela llegaron al colegio con una chispa especial en sus ojos.



Durante el recreo, sus amigos se reunieron alrededor de ellos, curiosos por saber por qué ambos parecían tan emocionados.

Manuela y Alejandro se miraron, recordando la magia del día anterior. Con una sonrisa, Manuela comenzó a hablar:

—Ayer, el Mohán nos llevó en un viaje por el río. Nos enseñó cosas increíbles, cosas que nunca habíamos visto ni imaginado.

Alejandro continuó: —El Mohán nos mostró que el río es más que agua, es vida. El río es el abuelo de los pescadores y el hogar de millones de bocachicos y bagres. Nos enseñó que cada árbol, cada ceibo, cada guayacán, cada roca y cada ave tienen un propósito en este gran sistema, tenemos el privilegio de estar cerca, de escuchar su respiración; y, con ello, la responsabilidad de protegerlo.

Los relatos de los niños no solo se quedaron en la escuela, sino que llegaron a cada persona de Honda y sus alrededores. Aquella historia llenó al pueblo de nostalgia y esperanza, en una voz de tiempos pasados y el anhelo por un futuro mejor.

Inspirados por la historia de Alejandro y Manuela, don Raúl y los demás pescadores decidieron actuar. Formaron un grupo de guardianes del Magdalena, comprometidos con limpiar sus aguas, recuperar sus orillas y encontrar nuevas formas de protegerlo. Pero no solo eso: también compartieron su historia, recordándole a todos la conexión profunda y generacional que los unía al río.

Con el tiempo, niños, jóvenes y adultos se unieron al esfuerzo, redescubriendo en cada corriente y cada brisa el latido del Magdalena. Poco a poco, las personas volvieron a escuchar su llamado y a verlo no solo como un río, sino como un ser vivo, un sabio que había estado allí desde siempre, esperando ser reconocido.

Y así, con cada historia contada, con cada mano extendida para proteger sus aguas, el Magdalena comenzó a florecer de nuevo. Su destino no podía ser otro más que renacer, con la esperanza de que la subienda, algún día, volviera a ser como antes...

## El llamado de Cumanday<sup>2</sup>

Como todos los días, Alicia se despertó cerca de las cuatro y quince de la mañana con el canto de los gallos. Se puso en pie y se dirigió a la cocina. Encendió el fogón de leña y preparó café para ella y chocolate para sus dos hijos.

Mientras bebía lentamente el café, sentada en un taburete de madera, contemplaba desde su ventana al Nevado del Ruiz, que se alzaba a lo lejos como un gigante dormido. Detallando el pico negruzco y gris del Ruiz, recordó cómo se veía antes la nieve blanca, «los glaciares», como les decían los científicos que en una época frecuentaron la vereda para realizar el ascenso a investigar el deshielo del nevado. No pudo evitar pensar en el parecido que tenía la nieve con la cabeza canosa de su abuela Matilde, y dedicó varios minutos a recordarla con nostalgia.

Recordó cómo eran los recorridos en el páramo junto a la abuela Matilde. De niña, le gustaba caminar tratando de imitar los pasos hábiles de su abuela, que saltaba los charcos, esquivaba las espinas de las moras y evitaba resbalar con los musgos y las rocas lisas. Matilde fue una mujer campesina, delgada y de una increíble fortaleza para resistir el clima paramuno. Salían juntas, la abuela y su nieta, tempranito hacia el monte, y duraban horas en el recorrido, pasando por varias lagunas pequeñas, de agua cristalina, que formaban los arroyos más abajo. Cada vez que iban al páramo, la abuela Matilde la llevaba a un nuevo lugar, a conocer diferentes miradores y bosques. Fue así que tuvo el privilegio de respirar y caminar lugares que solo conocen quienes han escuchado la voz del páramo.

Durante esos recorridos, Matilde le contaba encantadoras historias sobre las plantas y los animales del páramo, pero habían pasado muchos años y Alicia recordaba poco los detalles de lo que le contó su abuela. Conocida en la vereda por su sabiduría en medicina y la conexión especial que tenía con el nevado, su abuela había dejado una huella en su corazón.

---

2 Autores: Alfredo Vega Quiñones, Miguel Juzga Solanilla y Ana Milena Quintero Agómez



Alicia salió de la casa para ver si el clima le favorecería ese día. «Ni una nube, hoy tampoco llueve», pensó. Observó el cielo y vio que en lo alto no había nubes cerca, pero que este se teñía con el humo gris que se elevaba desde los cerros cercanos al pico del nevado. «Otra vez se quemó el cerrito Pan de Azúcar», concluyó.

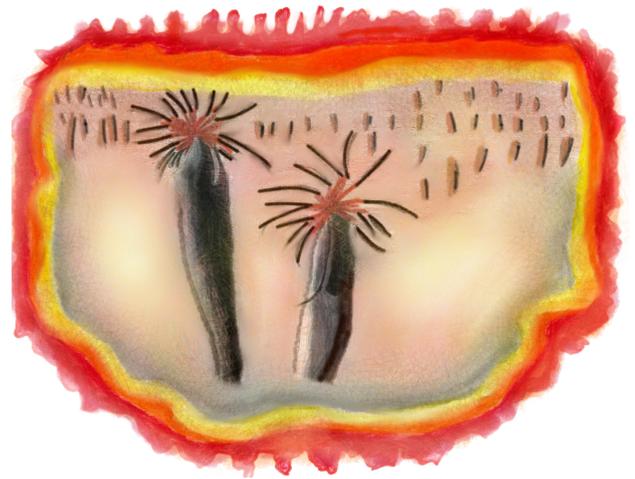
Observó el paisaje frente a ella con tristeza. Donde antes había caminado entre arbustos y matorrales, ahora solo se contemplaba un pastizal monótono y abandonado, habitado únicamente por algunas vaquitas flacas y enfermas. Llevaban varios meses en una crisis por alimentos en la vereda, y por ello muchos campesinos habían tenido que irse. A esto se le sumaba una grave situación de contaminación del agua, que llegaba de las quebradas Palmita de cera y Tymanso.

—Nos vamos, Alicia, el agua está llena de químicos. No llueve y los incendios me enferman a la niña. ¿Así quién vive?

Así le había dicho unos días antes una de las vecinas de las casas de más arriba, que bajaba con su equipaje y con una niña de brazos hacia el paradero de bus.

No había cabida para la desolación; esa mañana Alicia tenía una misión de vital importancia, debía estar preparada y de buen ánimo para enfrentar la incertidumbre del día. No podía desfallecer, trataba de luchar con el desánimo que le generaba pensar en el deterioro de su tierra amada. Le preocupaba la salud de sus hijos, la desesperaba pensar en el hambre y la sed que estaban pasando. Sin embargo, aún sentía el olor del monte en la lejanía, aún tenía el recuerdo vivo del nevado coronado por la nieve blanca y aún creía en la posibilidad de vivir a gusto en las montañas.

Ese día se reunía la Junta de Acción Comunal de la vereda; ellos habían acordado que Alicia ascendiera por las antiguas rutas del páramo que conducían hacia los nacederos de agua. Alicia fue elegida porque su abuela Matilde había sido la última sabedora y curandera de la región, la última experta en «echar monte». Alicia era heredera de ese conocimiento que ya nadie conservaba en la vereda. Ella sería la guía de la exploración en búsqueda de la preciada agua y marcaría el camino para que pudieran ir con timbos y jarrones los pobladores del lugar.



Alicia debía prepararse para ascender nuevamente al páramo. Sintió miedo, ya que su abuela Matilde ya no estaba junto a ella y nunca había subido al nevado sin su compañía y orientación. En una mochila empacó arepas de maíz, algo de queso, un trozo de panela para el frío y algunas papas cocidas y cogió su machete. Despertó a su hijo mayor, enseñándole dónde había dejado la olleta del chocolate, y emprendió el camino cerca de las cinco de la mañana.

Caminó rápido por la destapada hasta encontrar el antiguo acceso que recordaba y que se encontraba luego de pasar la casa de don Jaime. Pasó una roca en forma de «C» y se adentró en la

montaña siguiendo las señas del antiguo camino, apenas reconocibles por ojos entrenados. Llegó al viejo eucalipto, que no se podía rodear con los brazos porque era muy ancho, y recordó que tenía que subir por la roca que limitaba con la quebrada Tymanso, a la derecha del gigante eucalipto. Era en ese punto donde iniciaba propiamente el páramo con frailejones dispersos, arbustos pequeños, viento muy frío que hacía doler los dientes y que rugía cuando pasaba por los cañones cercanos.

Caminaba rápido, aún tenía destreza para no resbalar. Iba confiada en encontrar muy pronto el agua para su gente. Pero, de repente, la trocha que alcanzaba a distinguir en el suelo se convirtió en muchos caminos. Alicia continuó convencida por una de ellas sin notar que, con cada paso que daba, aparecían nuevos caminos que se multiplicaban muchas veces. Su guía era el pico del Ruiz, el cual siempre debía divisar a mano izquierda, pero en un momento dejó de verlo y enfrente vio un cerro que no reconoció, demasiado lejos y bajo para ser el pico del Ruiz.

Entonces, se detuvo.

Alicia sabía que los *venaos*, el tigrillo, la danta de páramo y el puma también crean sus caminos para moverse en la montaña. Mientras sentía el escalofrío que recorre la espalda de quien ha cometido un error muy grave, la niebla llegó como el oleaje del mar. Todo se cubrió de blanco en un instante y sintió una terrible desolación: se había perdido.

Entonces, quiso hablarle al antiguo espíritu de la montaña, Cumanday, como le había dicho la abuela Matilde que debía hacer cuando sintiera la dureza del páramo.

—¡Querido Cumanday! Sé bueno conmigo, te he molestado, ¡perdóname, pero no me pierdas en este frío! —decía Alicia mientras lloraba; comenzaba a sentir una increíble fatiga.

«Al monte no se debe subir con el corazón afanado. No se debe andar corriendo sin haber pedido permiso y sin haber saludado al clarinero y al copetón». Así le había dicho alguna vez la abuelita Matilde a Alicia, cuando era muy niña y se acercó por primera vez al páramo.

Sintió que colapsaba al pensar que no había sido prudente, que olvidó el respeto que hay que tenerle al páramo y que Cumanday se protege de los humanos imprudentes cambiando los caminos y ocultando el pico del nevado.

—Me conoces Cumanday, tú me conoces; recuerda a la vieja Matilde, mi abuela, mira sus manos en mis manos, escucha mi voz y reconóceme.

Sin saber dónde se encontraban el norte o el sur, el oriente u occidente, esperó unos instantes. Entonces empezó a escuchar el sonido de un chorrillo de agua y, con las manos en el suelo, siguió el murmullo de aquella quebradita. Una voz muy lejana decía algo que no se entendía y que se mezclaba con el correr del agua. Pensó que alucinaba.

Alicia procuró moverse lento, su cabeza palpitaba y comenzaba a dolerle, sentía una presión extraña en el pecho. Comenzaron a brillar pequeños puntos entre la neblina y comprendió que estaba experimentando mal de altura, o «soroche», aquella condición de malestar generado por la falta de oxígeno y por los cambios de presión, que su abuela era experta en curar. Cada vez escuchaba mejor esa voz en lo profundo, que cantaba un arrullo que solo oyeron ella y su abuela alguna vez que se detuvieron en uno de los miradores secretos del páramo:

*Abuelito frailejón  
con las orejas peludas  
con agua en el corazón*

Continuaba moviéndose con dificultad, sintiendo los musgos y las rocas congeladas con sus rodillas y manos. El frío le quemaba la carne, la altura le comía la sangre, el viento le dormía los huesos... Aun así, continuaba, tratando de seguir el arrullo melodioso, que era como un remedio para su dolor y malestar.

De pronto, sintió que sus pies se separaban del suelo. Alicia transitó en una dimensión conocida por pocos seres humanos, desde donde es posible despertar al espíritu de Cumanday. Algunos dicen que



esa extraña dimensión es un mundo de fractales, de formas espirales que se bifurcan muchas veces en figuras más pequeñas, donde aparecen cientos de flores de siete cueros, de uvitos de monte, de romeros de páramo, que crecen en tamaño y se vuelven gigantes en segundos. Todo se mueve muy rápido, como si uno mismo viera a través de los ojos de un abejorro que vuela muy cerca de aquellas flores.

Con vértigo, Alicia sintió que la tocaban los colores: el rojo era una presión cálida, el morado era como un hormigueo en las manos, el azul le provocaba cosquillas en los pies, el amarillo le hacía sentir mariposas en el estómago. Escuchó lo que debía sentir su piel: el viento frío que chocaba con el cuello y con las orejas descubiertas sonaba como campanas graves, el calor de los pocos rayos de sol que le llegaban a las mejillas sonaba como los truenos en las tormentas.

De repente, una figura etérea emergió de la niebla. Su silueta brillaba con un resplandor dorado y rojo encendido, como si estuviera hecha de la misma lava de las entrañas del volcán que duerme



en el Nevado. La figura tenía forma de trapecio gigante, hecho de una roca lisa, con marcas semejantes a las que tenía una placa de oro que guardaba en su casa, único recuerdo que le había dejado su padre, a quien nunca conoció. El gran trapecio incandescente venía acompañado de estructuras geométricas que levitaban a su lado.

Quien había aparecido ante Alicia era Cumanday, espíritu del nevado que conocía los secretos de la montaña sagrada. En sus ojos se observan las galaxias del universo y su presencia hacía que todo lo demás se moviera lento y en armonía. Alicia tomó su machete y lo arrojó lejos, para no alarmar al ser místico que se le presentaba como una visión, al principio borrosa y luego clara como la luna llena en el cielo despejado.

Alicia entendió que estaba frente a un dios: enorme, incomprensible e intimidante. Debajo de la figura de Cumanday, Alicia observó un mar, del cual comenzó a surgir un furioso volcán que retumbaba lleno de lava y humo negro. Ascendía el volcán hacia el cielo, mientras Cumanday miraba a Alicia fijamente. De los remolinos de humo cayeron rocas que formaron las montañas.

Alicia dedujo que estaba presenciando la formación de la montaña donde vivía desde que era niña; estaba viendo el transcurrir de la historia, millones de años pasaron frente a ella en solo segundos, mientras levitaba junto a las figuras que acompañaban a Cumanday. De repente, la figura de Cumanday se tiñó de colores verdes, grises y blancos, simulando la selva que se convierte en páramo, superpáramo y en nieve. Debajo continuaba la historia de la montaña, llenando de ríos y lagunas la ladera del volcán.

Vio animales que ya no existen, que emitían sonidos indescriptibles. Las laderas de la montaña cambiaban y se movían como lo hace una serpiente. Crecían muchísimas plantas diferentes, nutridas por la ceniza del volcán. El nevado no es solo hielo y roca. Es la hoguera eterna que alimenta a las comunidades que lo rodean. Desde tiempos inmemoriales, el calor de sus fumarolas ha cocido los alimentos, ha dado calor en las noches más gélidas y ha sido testigo de rituales que honran su poder.

En un momento, Alicia reconoció su vereda desde arriba, vio los pastizales y los incendios recientes. En ese instante, un sonido muy grave y tenebroso abarcó todo el espacio, y Alicia aterrizó en la parte alta del Nevado, cerca del gran cráter, donde abundaba la arena gris oscura.

Cumanday continuaba flotando sobre ella. Alicia sintió que el soroche se hacía más intenso; le faltó el aire. En ese instante, comenzó a llover «de lado», una lluvia que no cae, sino que se mueve horizontalmente, como sucede en la alta montaña. De las figuras voladoras que acompañaban a Cumanday cayeron unas cuántas hojas de coca, que llegaron a las manos de Alicia. Cuando las llevó a la boca para mascarlas, comenzó a sentir una brisa fresca que le ayudaba a calmar la sensación de ahogo.

De repente, comenzó a descender la montaña como llevada por las corrientes diminutas de agua que empezaban a formarse. Mientras se movía con el agua entre las rocas milenarias, Cumanday, desde lo alto, hacía que las plantas que comenzaban a vislumbrarse entre la arena se separaran del suelo y llegaran al cráter, donde desprendían sus aromas al calor de la fumarola.

La primera planta que apareció fue el cacho de venado, una hierba de hojas muy duras y de flores parecidas a pelusas blancas. En el cráter, miles de hojas de la hierba se separaron y formaron un parasol que protegió a Alicia del intenso sol que brillaba en lo alto. Dejó de sentir que se quemaba los pómulos y que se deshidratava por la radiación.

Luego, comenzaron a emerger del suelo arbustos más altos, de múltiples flores pequeñas. Eran los chilcos, cuyas flores vibraban con el paso de Alicia. Las flores blancas de los chilcos soltaban un vapor de olor semejante a la miel, que le aliviaba los dolores de la piel. Del vapor de cada flor diminuta surgían avispiditas, abejorros y escarabajos, llenos de polen y néctar. Comenzaron a crecer muchos chilcos sobre las rocas y el suelo empezó a hacerse acolchado y suave por las hojas que desprendían.

Aparecieron cojines de musgo, por los que Alicia atravesó refrescándose con la humedad que albergaban. Arriba, Cumanday empezó a tornarse de color azul y púrpura, a la vez que los cojines se recargaban de agua.

Continuaba descendiendo por un arroyo que tomaba fuerza cuando observó un paisaje lleno de frailejones altos y abrigados. Las hojas oscuras de los tallos la rodearon y la protegieron del frío. Al mismo tiempo, el suelo se volvía negro. Le dio gusto pensar que ese color del suelo significaba buena salud y abundancia de nutrientes.

Los frailejones bailaban con el viento, comenzaron a dar giros al tiempo que Cumanday giraba

también en lo alto. Cada giro de los frailejones ayudaba a que se fueran formando los cauces de las quebradas. Aparecieron inmensas lagunas por las que sobrevolaban águilas de páramo de un bello plumaje azul oscuro.

Era increíble aquel panorama; Alicia sintió una inmensa gratitud y sonreía al ver el movimiento de la vida a su alrededor. Le sonrió a Cumanday que continuaba dando giros en lo alto.

En el borde de las lagunas, los clarineros cantaban con su peculiar silbido complejo y metálico, mientras sembraban extrañas semillas que germinaron de inmediato. Crecieron uvitos de monte y agraz, que Alicia pudo alcanzar con su mano en el descenso. Los comió y se sintió llena de energía.

Ya sin hambre, pudo moverse por sí sola. Cuando pudo caminar, escuchó las siguientes palabras en medio del canto de los clarineros que continuaban su labor de siembra:

*En el páramo, donde el viento canta,  
busca el murmullo del arroyo que se levanta  
entre frailejones y niebla errante;  
allí hallarás el agua cristalina y vibrante*

Alicia respondió alzando su voz:

—Inmenso y poderoso Cumanday, sé a lo que te refieres, ahora lo veo con mis ojos: el agua es posible únicamente por la alianza de todos los seres que me has mostrado. Se acompañan y se complementan contigo.

—Tu fuego es transformador —continuó Alicia—, tus montañas están vivas, tu mirada es medicina. Saludo a esta gran laguna que me has presentado y te pido, gran Cumanday, que me permitas llevarles esta agua prístina a mis hijos y a mi gente. Por la sagrada agua, te ruego que aceptes nuestro compromiso de visitarte para dejar alimento, en forma de plantas que sembraremos como ofrenda a ti y a los animales de este páramo.

El viento sopló con fuerza y Cumanday bajó del cielo. Se posó sobre la laguna y todo quedó en silencio. La figura del gran dios Cumanday se disolvió en flores moradas y rosadas de siete cueros que, al tocar el agua transparente, se convirtieron en una canoa y en un remo. Alicia sintió que estaba en su hogar, que estaba segura y que había esperanza para su pueblo. Se acercó a la canoa

y en ella encontró una totuma marcada con las figuras que Cumanday llevaba de adorno. Este regalo significaba que los humanos eran bienvenidos para estar en la laguna y compartir el agua junto con el páramo.

En la otra orilla de la laguna se alcanzaba a ver una trocha, llena de pequeñas rocas brillantes que marcaban el camino hacia el gran eucalipto, desde donde Alicia podría regresar a su hogar. Alicia subió a la canoa y cruzó la laguna, remando suavemente en el silencio, mientras llovía.

## Momotus, el abuelo de las aves<sup>3</sup>

En lo profundo del bosque altoandino, donde la neblina se enreda entre los árboles y el río Otún abre senderos entre las montañas, vivía un viejo pájaro barranquero; su nombre era Momotus. Su plumaje era un mosaico de verdes y azules, su larga cola oscilaba como un péndulo y en su cabeza llevaba una corona azul brillante.

Era un observador; desde las ramas veía la vida desplegarse en armonía. Sabía en qué barranco anidar, dónde encontrar insectos para comer y cuándo entonar su canto para llamar a otras aves. Conocía cada sendero oculto del bosque y cada cambio en el viento antes de la lluvia.

Pero un día su historia cambió. Primero, escuchó un sonido lejano, un crujido profundo que venía de las entrañas de la tierra. Luego, un estruendo sacudió el bosque... Entonces, vio gigantes de hierro que rugían como bestias, al tiempo que dejaban cicatrices a la montaña, desviaban el cauce del río y arrancaban las raíces que tardaron años en crecer.

Momotus sintió miedo y abrió sus alas para escapar, pero una ráfaga de viento lo arrastró lejos, más allá de los árboles, más allá del bosque. Intentó volar, pero su cuerpo se sintió más pesado y su canto se ahogó antes de salir de su garganta.



3 Autores: Paola Sánchez Ramírez y Leonard Guerra Montañez

Todo se oscureció, el mundo a su alrededor desapareció en un torbellino de sombras. Hubo un instante de vacío, un eco profundo, un silencio que lo envolvió todo. Cuando abrió los ojos de nuevo, ya no era un pájaro, no podía sentir la brisa deslizándose entre su plumaje y fijar su mirada a lo lejos entre las montañas.

Aquel pájaro se transformó. Ahora era un muchacho con máscara negra alrededor de los ojos, como si su antiguo plumaje aún lo acompañara. Nadie podía decir con certeza cuántos años tenía. Su rostro tenía la frescura de la juventud, pero en su mirada pesaban siglos. No era del todo joven ni del todo viejo, era ambas cosas a la vez.

Había quedado atrapado en un viejo barrio, debajo de un gran viaducto, con calles llenas de murales que contaban historias y niños que jugaban en los senderos junto al río. Era un barrio donde la vida no siempre era fácil y a veces aparecían personas extrañas, que Momotus no reconocía.

Momotus no se sentía a gusto. Estaba atrapado en un lugar donde no pertenecía, se sentía solo y lejos de su hogar. No entendía qué hacía allí. Por alguna razón, había sido enviado al mundo de los humanos, pero él no lo sabía.

Al principio, observaba con la misma mirada con la que antes exploraba el bosque, pero se había vuelto desconfiado. Percibía rostros cansados, cuerpos encorvados por el peso de la vida, gente que pasaba sin mirarse, esquinas donde algunos se ocultaban en la penumbra, palabras que cortaban como cuchillos el aire.

Cada día encontraba algo que reforzaba su desconfianza: el desprecio, la indiferencia, la violencia. Desde un muro cubierto de grafitis, vio cómo un hombre agredía a otro, pero nadie intervino y a nadie pareció importarle.

Intentó mantenerse al margen, ignorar la pesadez del barrio, volverse invisible. Pero no importaba cuánto se alejara, era su destino conocer la otra historia de ese lugar. No en las sombras que lo inquietaban, sino en los colores que cubrían los muros, en los ritmos que nacían del asfalto y en las voces que rompían la indiferencia. Y aunque no lo sabía, pronto la encontraría.

Un día escuchó un rumor. No era el viento entre los árboles, ni el murmullo del río. Era un latido, un pulso que nacía del asfalto. Siguió el sonido a través de callejones hasta que llegó a un espacio abierto donde estaba un grupo de niños y jóvenes que no parecían temerle a la oscuridad; más bien, la rompían con versos.

Uno de ellos tomó un micrófono y, al compás de una base rítmica, comenzó a contar su historia. Las palabras no eran solo palabras: eran vuelo y eran alas.

Miró alrededor, se encontró en la mirada de los otros y comprendió que la música era un refugio, tal como lo fue el árbol donde descansaba cuando era pájaro. Ahora, como humano, encontró en el *hip hop* un lugar en el que los *beats* lo envolvían como el cielo infinito bajo el cual había aprendido a volar. Se sintió libre mientras sus pies tocaban el suelo y su corazón se elevó al igual que sus alas cuando era un pájaro.



Por primera vez desde su llegada al barrio, Momotus comprendió que todo aquello tenía un significado. Que la vida no solo se trataba de sobrevivir, sino de crear, de resistir, de transformar. Había encontrado un sentido.

No entendía del todo lo que estaba pasando, pero supo que había algo más en los humanos; algo que no había visto en los que destruyeron su bosque, algo que tenía que comprender.

Y entonces, escuchó su propia voz que le susurraba al oído como un eco del pasado: «Tienes la fuerza, tienes el poder. En el mundo de los humanos se puede construir belleza, pero no lo harás solo. Así como el entramado de raíces y hongos posibilita la vida del bosque, aquí también necesitarás de otros. No olvides lo que traes: aprendiste a leer el viento, a esperar la lluvia, a encontrar caminos ocultos. Aquí también hay buena vida por sembrar, pero sólo crecerá si es con otros». Por primera vez desde su llegada al barrio, Momotus comprendió que no estaba allí por error.

Los niños y jóvenes comenzaron a reunirse en un antiguo colegio abandonado, un lugar que antes eran ruinas; ahora, entre sus paredes, nacían versos de rap, bailes de *breaking* y grafitis en muros de colores que hablaban de vida, de lucha y de memoria.



Momotus estaba con ellos. Ahora, no solo obserbava sino que también empezó a enseñar porque, aun cuando su cuerpo era joven, su alma era antigua y traía conocimientos de otros mundos.

—Cada uno de ustedes tiene una historia —les dijo Momotus—. No dejen que los demás la cuenten por ustedes. Escriban con su propia voz. Todos andamos en la historia, pero cada cual hace su papel en ella. Si alguien se deja hundir, no solo se perderá su mundo, sino también el mundo de quienes lo rodeaban.

Las palabras eran senderos, como los que él alguna vez observó en la montaña. Y ahora, juntos, abrirían nuevos caminos. El arte se convirtió en su fuente de poder.

Entonces, los niños comprendieron que podían volar. No con alas, sino con arte, con música, con cada palabra que dibujara un futuro distinto.

Y así, como las aves que cruzan los ríos sin fronteras, los niños del barrio llevaron la historia de Otún más allá del puente, más allá de la ciudad, más allá de cualquier límite.



# Las raíces de lucha de un viejo roble<sup>4</sup>

Recuerdo un lugar colmado de magia donde los árboles susurraban secretos, los animales tenían voces comprensibles para los humanos, el río nos arrullaba entre su corriente y los vientos provenientes de las altas cumbres nevadas descansaban en un bosque húmedo. Aquel lugar era Otún, u Oshun, y allí llegaron mis padres provenientes de otros senderos donde ya no se respiraba tranquilidad, en plena guerra godos azules (conservadores) y cachiporros rojos (liberales).

Llegué a estos bosques en el vientre de mi mamá Lucía, donde nos rodearon los robledales, el bosque húmedo y la laguna. De los inmensos troncos, mi papá, Alberto, con ayuda de mi mamá, levantaron lo que sería nuestro hogar, una casa hecha de madera, aunque era pequeña, la armonía con la que se vivía era tan grande que se expandía más allá de los nevados. Con el tiempo mis padres fueron expandiendo las tierras y los animales, ya había vacas, gallinas y cerdos que alimentar. A veces con chanclas y otras con los pies descalzos, les daba hierba mala (Mata Andrea) o las sobras que de vez en cuando nos quedaban.



Con Alberto, mi padre, caminábamos por los robledales, árboles plateados, el bosque húmedo y a veces los caminos nos conducían a una laguna. El suelo era rico, producía papas, frutas, hortalizas y hierbas de todos los sabores y aromas. Añoro las tardes en que mi madre me enseñó a preparar queso paramuno, único en esta región y que se preparaba así:

4 Autoras: Ángela Lisbeth Barbosa Rojas, Leidy Nathaly González Castiblanco y Gabriela Pinto Rodríguez

*Quince litros de lechita,  
un chorrito de cuajo de las tripas de la vaca,  
sal, colador, olla, trapo, cucharón y candela,  
son los materiales básicos para hacer este delicioso manjar.*

*Iniciás calentando la leche,  
por abí unos 20 minuticos  
o hasta cuando tu dedo aguante el sofoco de la llamarada.  
La mezcla de un vasito de cuajo y una cucharadita de sal,  
se la echás a la lechita medio hervida,  
con cuidado, lento, despacio,  
para mezclar de una vez.*

*Dejá sentar la lechita,  
que al ratico te irá a cuajar  
un poco de masa blanca,  
que te dice que el queso ya casi está.*

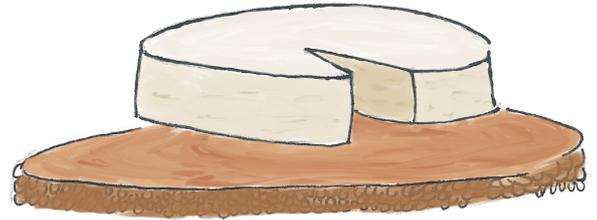
*Con la mano limpiecita,  
apretás y cortás sin cesar,  
hasta que de esta masa blanquítica,  
queden grumos nada más.*

*Colás esta mezclanza,  
hasta que ni un grumito quede abí,  
lo prensás con un pedazo de tela,  
hasta que ni un poquito de suero vaya por abí a arrimar.*

*Esta mezcla la volvés a desleir en el fondo de la olla,  
con un chorro de suero, sal y candela de más,  
pa' que coja sabores, texturas y seque esta mezcla ya.*

*Volvés a colar, ahora sí pa' prensar,  
sobre un tiesto redondo,  
que sacaba gran parte del suero que de la masa salía sin más.*

*Al final con aguapanela, arepa y queso  
acompañaba mis huevitos con aliño,  
y otras veces con tintico si no había más.*



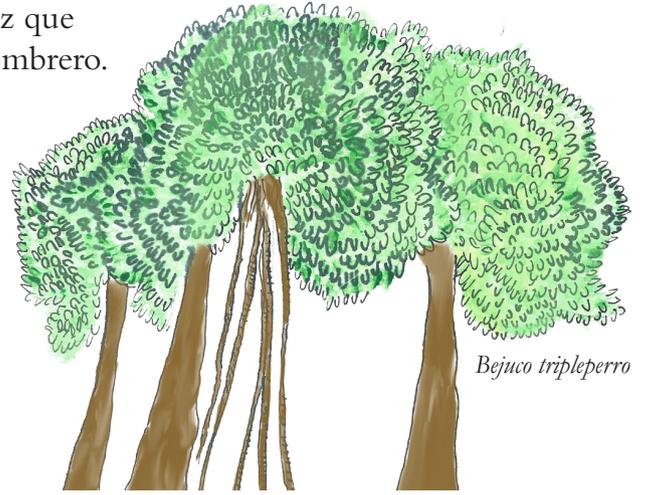
Recuerdo bien que en la fonda se reunían los habitantes de las veredas La Suiza, La Pastora y La Florida para vender sus productos. Este era el punto de encuentro de la comunidad y el último lugar accesible para carros y chivas. Mi mamá vendía allí el queso paramuno y algunas vecinas daban a conocer algunos canastos y adornos que tejían con las raíces que daba un árbol de por ahí (Bejuco Tripeperro). Recuerdo el olor de los platanillos, las hojas de yarumo con sus innumerables usos y el tomate de monte sobre el mostrador. Y, de fondo, los sonidos melódicos y armónicos de unos pajaritos chiquitos (tángaras) y unos con cola larga y copete azul como cielo (barranqueros) que se extendían entre cada árbol y cada roca, y los pasos entre la hojarasca de Mocho que a veces me susurraba secretos del otro lado de la montaña.



Mocho era una danta que transitaba entre las fincas de los vecinos y era la jardinera del bosque, pues dispersaba las semillas que protegían la ribera del río. El agua no nos faltaba; siempre estaba corriendo, como río, riachuelo o cañada a través del arbolado. Río arriba, entre las peñas, unas manchas caféas asomaban entre los troncos y las hojas; eran unas ranas de un color parecido al chocolate, con el lomo dorado y la panza rayada como un tigre. Dana, una de ellas, siempre me saludaba cuando bajaba con mi papá del páramo y me decía:

—Emilio, tú eres parte del espíritu de este lugar. Haz que perdure siempre. Yo la saludaba y solía subirse a mi sombrero.

Un día, luego de una lluviosa noche, los bejucos de roble alzaron sus brazos entre el antiguo bosque, saludaron a los yarumos y a los dragos que se calentaban entre el sol de la mañana y terminaron de despertarse con los llamados sonoros del barranquero que abría sus largas plumas entre los arbustos, llamando a los vecinos de la finca. Las finas gotas de humedad descansaron entre el musgo y corrieron a través de las lianas que caían en los susurros del dosel. Las gotitas de lluvia que quedaban de la noche anterior conformaron pequeños charquitos en el suelo, donde se posó Dana, la rana, que comenzó a cantar y saltar en medio de los arbustos hasta llegar a la orilla del río.



*Bejuco tripleperro*



Con sus delicadas patas se adhirió a un bejuco y contempló durante largo rato la corriente del río Oshun. De repente, vio a un grupo de personas corriendo al lado del río, eran humanos que no pertenecían al bosque. Llevaban el fuego en sus manos, cemento en sus morrales y unas botas tan pesadas como su conciencia y el barro juntos. Hacían crujir las hojas y los troncos a su paso y con sus machetes atravesaban los densos árboles. Dana los persiguió hasta la casa de mi papá, donde me encontró refugiado detrás de unas palmas y allí le pregunté:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —preguntó Emilio.

Dana me miró con preocupación y respondió:

—Quieren nuestras tierras, nos quieren sacar de aquí.

Dana se lanzó bosque adentro buscando ayuda. Croaba desesperada, alertando a todos los

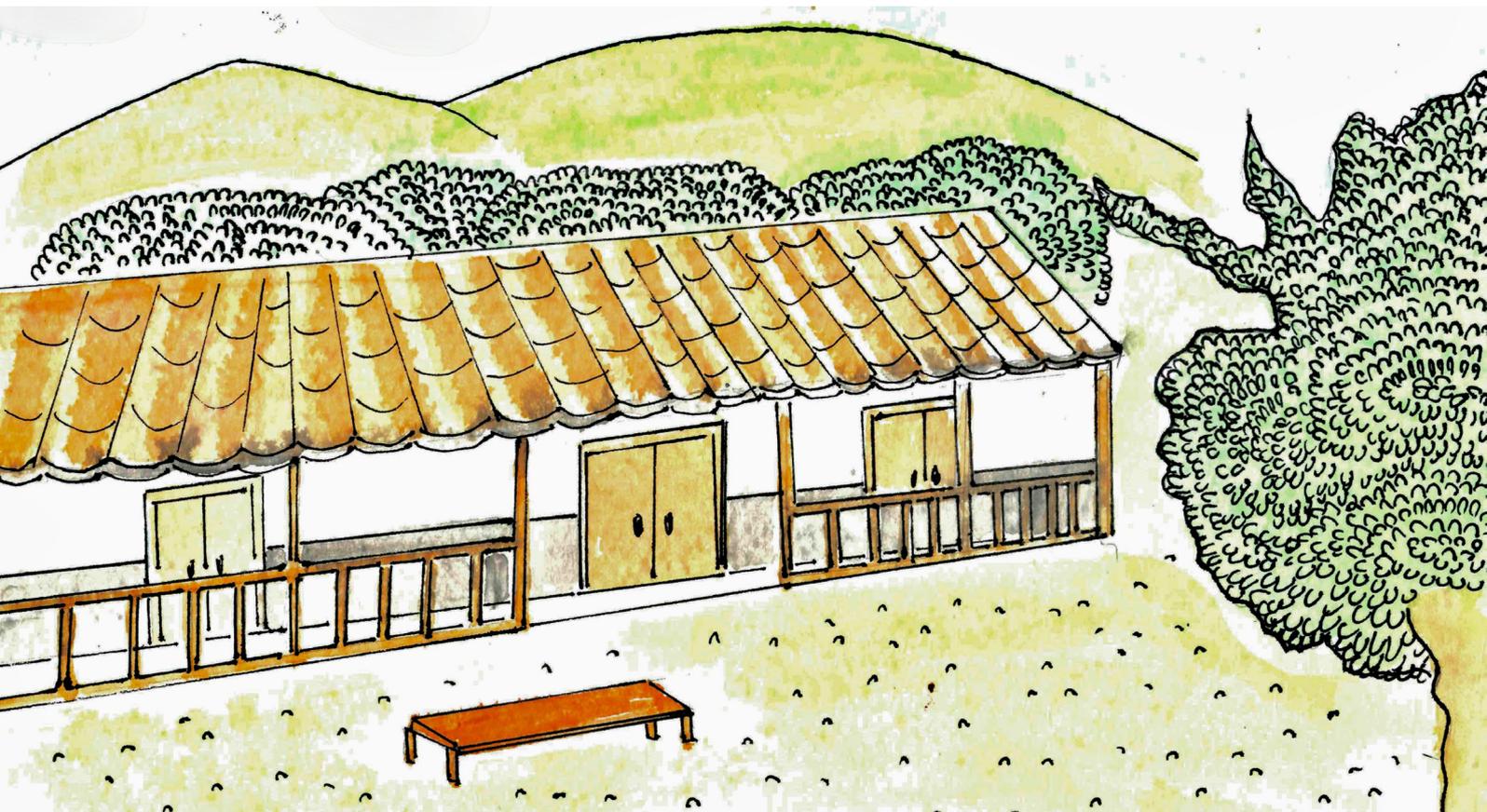
seres del monte. Llegó hasta la casa de Gloria, una mujer que vivía hace tiempo en la vereda, a unos kilómetros de la casa de mi papá; sin embargo, no estaba. Entonces descendió hasta la fonda, donde vecinos y amigos compartían y se divertían. Allí encontró a Mocho la danta y a Gloria.

Dana irrumpió en medio del jolgorio y alzó la voz:

—¡Nos están quemando la casa! ¡Nos quieren echar del bosque!

El bullicio y la alegría cesaron de inmediato. Se miraron unos a otros y en sus caras se dibujó la rabia y la incertidumbre, sabían que eso podía pasar, pero no estaban preparados. Mocho corrió a alertar a los demás habitantes del bosque.

De repente, el olor a humo llegó como un presagio oscuro. Cuando salimos de la fonda vimos una nube negra que se elevaba a lo lejos y sin dudarlo, corrimos montaña arriba siguiendo el rastro del fuego.



Cuando llegamos, encontramos la casa en llamas. Mi mamá intentaba calmar las llamas en el establo donde hacíamos el queso, mientras yo consolaba a mi papá, que estaba tendido en el suelo, padeciendo un dolor punzante en su pecho, era el dolor de la pérdida de una parte de su vida, de su tierra y de su historia.

Los dragos, bejucos, palmas y macanas de la zona se unieron como cortafuegos para evitar que las llamas se extendieran por el territorio, resistiendo al calor abrasador; sin embargo, sus ramas y raíces sufrieron profundas heridas y quemaduras. Las macanas alcanzaron a elevarse en el bosque a través de sus zancos, permitiendo que los hilos de agua fluyeran entre sus pies. El ambiente se tornó húmedo y cesó el fuego por unos instantes.

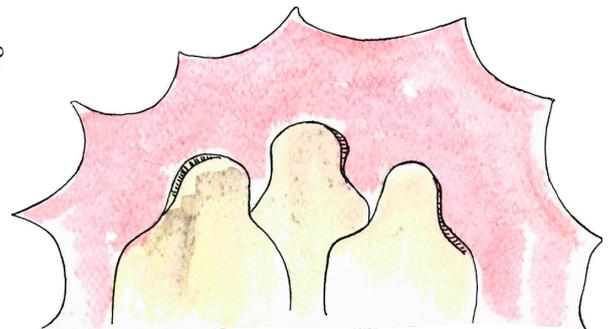
En ese momento vimos, más allá del humo, sombras que se deslizaban entre los troncos. No eran simples invasores, eran piezas de algo más grande, engranajes de una máquina cuyo propósito era devorar montañas y ríos. Al verlos más de cerca notamos los cascos reflectantes que ocultaban sus rostros, algunos tenían bidones de combustible y herramientas que solo traían destrucción. Un camión grande y sucio los esperaba a lo lejos, listo para marcharse cuando hubieran completado su misión. Para ellos el bosque no era más que un obstáculo, un problema que tenía que solucionarse.

—¡Allá van! —grité, señalando aquellas siluetas que, tras mi grito, empezaron a moverse con rapidez entre la espesura.

Gloria y Dana no lo pensaron dos veces y salieron corriendo tras ellos, adentrándose en el bosque, siguiendo sus huellas. Dana croaba desconsoladamente, como si su canto fuera un llamado de auxilio al bosque y Gloria gritó:

—¡No nos pueden hacer eso! ¿Quiénes son ustedes para maltratar nuestra tierra, para quemar nuestras casas?

El pájaro chotacabras que merodeaba en el lugar, escuchó sus lamentos y las guio con sus cantos, mientras ellas, ágilmente corrían entre grandes raíces y árboles. Finalmente al borde de la montaña, por fin lograron alcanzarlos. Estos se subieron a unas camionetas, Dana y Gloria pudieron escuchar un grito:



—¡Arranca!

Y con un rugido del motor, tomaron la carretera que bajaba a Pereira, dejando tras de sí solo el eco de su crimen.

Gloria y Dana regresaron a mi casa, donde más vecinos habían acudido al llamado de ayuda. El fuego estaba controlado, pero el daño ya estaba hecho. La rabia y tristeza se mezclaron en el aire con el olor a madera quemada y plantas chamuscadas. Gloria estaba sedienta luego de aquella persecución que había emprendido con Dana, tomó un largo sorbo de guarapo antes de hablar. Luego, alzó la voz para que todos escucharan:

—No logramos alcanzarlos, pero volverán. No van a detenerse hasta arrebatarlos lo que es nuestro. Protegeremos el bosque y protegeremos nuestra vida.

Un murmullo de aprobación recorrió a los presentes. Sabían que no podían bajar la guardia, sabían que habían logrado espantar a los intrusos con sus presencias, que si el bosque había resistido era porque estaban juntos y así debía seguir siendo. Todos sabíamos que la lucha apenas comenzaba.

Sin embargo, ya habíamos perdido nuestra casa. Poco a poco, las personas se empezaron a ir, querían reunirse en la fonda y prepararse para lo que se venía. Gloria nos dijo que nos podíamos quedar en su casa mientras tanto, y mi mamá, cansada y triste, aceptó su ofrecimiento; sin embargo, mi papá no se movió, pese a nuestros esfuerzos por llevarlo a un lugar seguro, decidió quedarse sentado en el suelo, frente a lo que hace poco era nuestra casa. Sé que no podía con la idea de abandonar todo lo que durante tantos años había construido, su casa, su tierra, todo su esfuerzo y el de mi madre se habían vuelto cenizas. Mi mamá entendió su dolor y no le insistió más. Mi padre le dio un beso en la frente al despedirse y le dijo:

—Mija, no se preocupe por mí. Vaya, coma algo y descanse. Usted sabe que yo voy a estar bien —la miró a los ojos y sonrió, —y ustedes también.

—Lo sé —dijo ella con una sonrisa triste—. Emilio, ¿tú vienes?

—No, mamá —respondí—. Me voy a quedar acompañando a mi papá.

—Está bien —me contestó—. Ahorita les mando un bocadito con Mocho.

Nos abrazamos los tres. Luego, mi mamá junto con Gloria y Dana tomaron su camino.

Al rato llegó Mocho con arepas, queso y chocolate, comimos junto a mi papá en silencio observando las ruinas. Ya era tarde, había sido un día abrumador y agotador; tras apagar el fuego varios de los vecinos se fueron y sin darme cuenta, me dormí al lado de Mocho. Entre sueños recuerdo haber visto luces de colores brillantes, recuerdo ver a mi papá frente a la casa aún en pie; sentía el olor a humo y las gotas de rocío cayendo sobre mi cara. Realmente no podía distinguir la realidad de los sueños, eran sensaciones muy potentes pero confusas.

A la mañana siguiente, Mocho me despertó asustado:

—Emilio, Alberto ya no está.

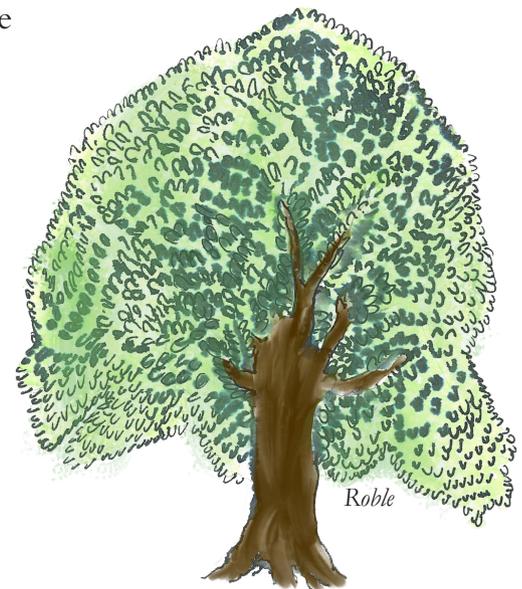
Me levanté aturdido y preocupado y miré a mi alrededor. En efecto, mi papá no estaba, en su lugar, había un gran árbol que nacía justo donde antes estuvo la casa. Era un roble alto, lleno de pequeños racimos de flores amarillas y bellotas grandes y cuya figura recordaba una silueta humana. Sus ramas principales parecían brazos abiertos y sus raíces se aferraban firmes al suelo. Era irreal ver este roble que nunca había estado ahí alzarse sobre las cenizas.

—No entiendo —dije—. ¿De dónde salió ese árbol? ¿Dónde está mi papá?

Mocho se quedó en silencio; creo que para él fue más fácil entender que mi papá prefirió enraizarse y florecer que dejar su amado hogar, y que quedándose allí, estaría siempre protegiendo el páramo, volviéndose uno con la tierra, el agua y el viento. Mocho se acercó al árbol, conmovido por su belleza sobrenatural, luego me miró y dijo:

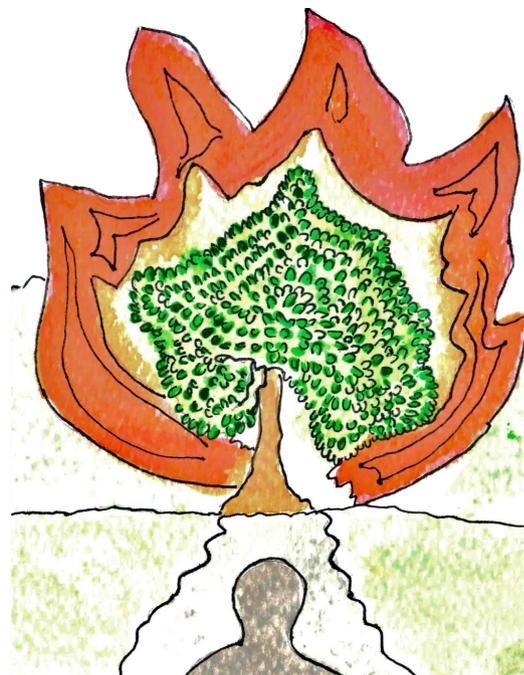
—Siempre te hemos dicho que tú eres parte del espíritu de este lugar, ¿recuerdas? —dijo Mocho—. Tu papá sabía eso mejor que nadie.

Caí de rodillas al suelo y me puse a llorar; sentí mucha tristeza y entonces lo entendí. Ese árbol era mi papá. Mocho



se acercó a mí y nos abrazamos, luego me acerqué al árbol y puse mi cara contra su tronco. Me sorprendí al escuchar un latido de corazón que venía del roble. Volví a llorar, pero esta vez no de tristeza; sentí una sensación de amor y paz infinita. Mi papá no desapareció, estaba allí, a mi lado, estábamos conectados, y él conectado más que nunca a su amado páramo. Entendí que la magia que residía en mi papá era más grande que cualquier otra fuerza en el mundo, y que esa magia surgía del amor por el territorio en el que había vivido tantos años, que la relación que él tenía con el páramo era tan poderosa que logró unirse eternamente a él.

Después de pasar un rato bajo la sombra del roble, Mocho y yo bajamos a la fonda a contarles a los vecinos la historia fantástica que acabábamos de vivir, historia que contaré siempre que pueda para mantener viva la memoria de mi familia, de mi papá y de este territorio.





## Guardianes de la laguna<sup>5</sup>

Hola, mi nombre es Certuche. Soy una ave mochilera, o al menos así me llaman los humanos. Vivo en un lugar maravilloso, uno de los ecosistemas más raros y hermosos que existen: el Bosque Seco Tropical.

Mi hogar está junto a una gran laguna. He escuchado que los humanos la llaman laguna de Sonso o Chircal, pero para mí, es simplemente mi hogar. Está ubicada entre los municipios de Yotoco, Buga y Guacarí, cerca del río Cauca. Es un lugar muy especial porque es una de las últimas lagunas de este ecosistema; aquí se encuentran cuatro tipos de hábitats: el acuático, el pantanoso, el madreveja colmatado y el terrestre inundable.



No vivo sola. Tengo muchísimos amigos y vecinos, y también nos visitan aves de muchas partes del mundo. En total, somos más de 200 especies, cada una con sus gustos: algunas prefieren el agua y otras, como yo, los árboles, pero entre todas compartimos este hermoso territorio. También tenemos una gran variedad de plantas, 232 especies en total, que crecen en los bosques cercanos. Entre ellas, hay árboles como el Higuerón del río, el Sietecueros y el Totofando, pero los más especiales son las cuatro especies de palmas que están en peligro de desaparecer.

Hoy quiero contarles cómo ha sido mi relación con los humanos. A veces, hemos tenido buenos momentos, otras veces, no; sin embargo, al final hemos encontrado la manera de unirnos para proteger este hermoso lugar.

---

5 Autoras: Daniela Forero Niño, Lina Sánchez Barriga y Nicole Franco León

Los humanos y los animales de la laguna hemos tenido nuestras diferencias. Por ejemplo, veía que los humanos talaban árboles para construir sus casas. Eso me parecía extraño porque yo dependo de los árboles y no me imagino vivir sin ellos. También noté que cazaban algunos animales para comer, lo cual me asustaba un poco. Pero nunca vi que se comieran un ave como yo, así que me sentí más tranquila.

Sin embargo, no todo era malo. Un día, muy temprano en la mañana (porque ya saben, las aves madrugamos), vi algo curioso: unas mujeres estaban arrancando barbas de un árbol viejo. Luego las mezclaban con otras plantas en un hoyo del que salía humo y después bebían el líquido que preparaban. Me acerqué para ver mejor y me di cuenta de que usaban esas plantas para curarse.



Más tarde, escuché a una mujer llamada María explicándole a su hermana cómo hacer medicinas naturales. Ella decía:

—Coja hojas del guayabo, lávelas bien, ponga agua a hervir, agréguelas y deje reposar unos minutos. Eso es bendito para la gripa.

—La guanábana no solo sirve para jugo: coja las semillas, tuéstelas al sol, licúelas y prepare una bebida. Eso baja el colesterol y hasta cura el cáncer.

—Para el dolor de piernas por artritis, el romero es bendito: tome una infusión diaria y verá el cambio.

—Si está estresada, hágase una infusión con hojas de Samán en vez de angustiarse.

—Y para los niños, una cucharada de semillas de papaya mata los parásitos y les quita el estreñimiento. Si les duele el estómago, una agua de Pronto Alivio y listo.



Me sorprendió mucho ver cómo se cuidaban unos a otros con lo que les daba la naturaleza. Desde ese día, empecé a confiar un poco más en los humanos.

Además, como esta zona se inunda en épocas de lluvia, observé que los humanos construían sus hogares en la tierra, pero elevados, no suspendidos en el aire como mis mochilas, sino lo suficientemente altos para evitar que el agua los alcanzara. Al vivir en un bosque seco tropical, también enfrentaban largos periodos de sequía, por lo que almacenaban agua para esos tiempos difíciles. Lo más sorprendente fue que no solo la guardaban para ellos, sino que la compartían con nosotras y otros organismos. Todo esto me hizo cambiar mi percepción sobre ellos. Entre las aves comentábamos lo solidarios que eran, ¡hasta nos parecían chéveres! Gracias a eso, nuestra relación mejoró muchísimo.

Aunque muchas personas vivían en paz con la laguna, hubo otras que solo se preocupan por ellos mismos. Un día, un hombre puso unos troncos o algo parecido alrededor del río y el agua cambió su curso hacia dónde él vivía, para de esta manera darles agua a sus plantas. Esto afectó a todos los demás, pero pareció no importarle. Después, vino lo peor.

Llegaron unas personas extrañas, vestidas todas igual, y empezaron a decir que los habitantes de la laguna debían irse porque el lugar era una “zona de riesgo no mitigable”. No entendía bien qué significaba eso, pero decían que era por su seguridad y la del ecosistema. Al principio, nadie quería irse pero con el tiempo, los humanos que vivían aquí comenzaron a marcharse. Sin embargo, los que habían cambiado la vegetación para sembrar caña de azúcar sí se quedaron.

Me dio mucha tristeza ver cómo todo cambiaba. Ya estaba acostumbrada a la presencia de los humanos y me parecía injusto que se tuvieran que ir. Un día, mientras pensaba en esto, escuché la voz de un hombre que me dijo: —Es injusto, ¿verdad? Yo te entiendo.

Me sorprendí mucho. Miré y vi a un hombre sobre una canoa, con una red en sus manos. Me quedé observándolo, sin saber qué hacer. Pensé que no me entendía, pero me dijo: —Yo soy el atarrayero. He vivido aquí desde hace mucho tiempo y sé que los humanos, animales y plantas pueden convivir en paz.



Me explicó que las personas que habían sacado a los humanos querían proteger la laguna, pero que no debía preocuparme, porque ellos volverían más fuertes que nunca. Aunque, justo cuando iba a preguntarle más cosas, desapareció.

Desde que los humanos se fueron, las cosas han empeorado, y la protección de la laguna se volvió cada vez más difícil. Los que se quedaron cambiaron la vegetación nativa y comenzaron a extender los cultivos agrícolas como el de caña de azúcar. También usaron unos líquidos que olían raro que dizque para matar las plagas y hacer crecer más rápido las plantas, pero no se daban cuenta que lo que estaban extinguiendo eran a mis amigos que comenzaron a morir por la aplicación de estas sustancias. Esos líquidos llegaban al agua y mataban a peces, anfibios y reptiles. Además, apareció una planta extraña en la laguna, llamada buchón, que cubrió la superficie del agua e impidió la entrada de oxígeno, lo que dañó aún más el ecosistema.

Pasaron los meses y, tal como dijo el atarrayero, la comunidad regresó. No se quedaron a vivir aquí, pero volvieron distintos. Se habían organizado en cuatro grupos para defender la laguna. Hablaban entre vecinos sobre los químicos tóxicos, sembraban árboles y cuidaban la vegetación. En lugar de pescar con trasmallo, promovían la elaboración de artesanías y el avistamiento de aves. Me sentí protegida otra vez.

Desde entonces, han venido muchas personas a observarnos a nosotras las aves. Me halaga que nos consideren tan especiales, pero lo que más me emociona es ver cómo los humanos que fueron sacados de aquí han hecho tanto para proteger nuestro hogar. Por eso, siempre estaré agradecida con ellos porque han logrado mantener el vínculo con la tierra, demostrando que cuando el amor por el territorio es profundo, ni siquiera la distancia puede romperlo.

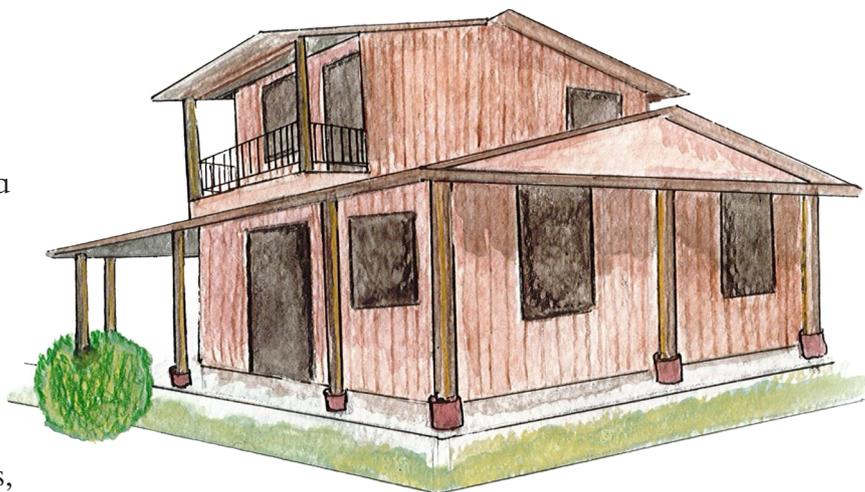


# San Cipriano: memoria, resiliencia y sabor<sup>6</sup>

A simple vista, podría parecer solo una hoja de papel enmarcada, pero para mí, es mucho más que eso. Es una receta escrita con el puño y letra de mi madre, el corazón de mi cocina y el alma de mi restaurante. En cada trazo de su escritura vive el secreto de nuestro plato estrella: el encocado de muchillá.

Llegar hasta aquí, a este pequeño pero acogedor restaurante, no fue nada fácil. Los sueños necesitan paciencia, esfuerzo y un toque de magia. Hoy quiero contarles la historia de cómo, con cada desafío superado, logramos convertir un simple anhelo en un hogar lleno de sonrisas.

Era 1980 y yo tenía cinco años. Faltaban unos pocos días para mi cumpleaños y me encontraba muy ilusionada con el regalo que mi madre me había prometido: un encocado de muchillá que compartiría con mis hermanos y hermanas. A través de la ventanita del pasado, con los ojos de una niña, recuerdo de aquella época sonidos, aromas, sabores y colores. Recuerdo la voz de mi madre cantando currulaos mientras cocinaba, el olor de mi casa de madera, que era mi refugio en medio del bosque; recuerdo despertar con el sonido de los pájaros, caminar hacia la escuela mientras observaba una gran variedad de aves, armadillos,



6 Autoras: Lina Gómez Rodríguez, Nicole Franco León, Paola Sánchez Ramírez y Ana Milena Quintero Agámez

guatines e iguanas; y maravillarme, si tenía la fortuna, con el chapoteo de las nutrias en el río Escalerete. Se sienten frescos los recuerdos de mi niñez; sin embargo, mi recuerdo más vívido fue el día en que todo esto cambió.



Mientras pasaba el día en la escuela, aprendiendo letras y números, mi madre cuidaba con cariño nuestra pequeña huerta. Con sus manos sembraba plátanos, yuca, maíz, ñame, y cacao, y alimentaba a las gallinas. Mi padre era un explorador de la selva y el río. Talaba árboles para la venta de madera, salía a cazar y a pescar, y traía a casa el alimento que la naturaleza nos regalaba y que mi madre convertía en deliciosos platos.

Un día, cuando regresé de la escuela vi a mi madre muy preocupada hablando con mi padre. Conversaban sobre temas que yo no entendía muy bien, con palabras que para mí resultaban extrañas y que repetían constantemente: «Reserva Forestal Protectora».

A la mañana siguiente, después del desayuno, sucedió algo particular. Mi padre permaneció sentado en la mesa en lugar de ponerse las botas de caucho y el sombrero para salir a trabajar. Se mantuvo inmóvil, con la mirada perdida y la cabeza gacha. Su gesto de malestar reflejaba una noche sin sueño y su silencio nos demostraba que algo no iba bien.



Le pregunté a mi padre y a mi madre qué estaba pasando. Con voz pausada, intentaron explicarme por qué papá ya no podía ir a trabajar y por qué las cosas en casa estaban cambiando. Sus palabras eran extrañas para mí, pero poco a poco fui comprendiendo que nuestro hogar y el territorio que nos daba alimento y cobijo ya no era nuestro.

Los bosques donde mi padre encontraba madera ya no podían ser cortados; el río, que siempre nos regalaba peces y camarones para las recetas de mi madre, ya no podía ser tocado. De un

momento a otro, nuestra tierra, aquella que nos había dado alimento y cobijo desde siempre, parecía haberse vuelto ajena. Mirábamos los árboles, escuchábamos el murmullo del agua, pero todo había cambiado.

Al principio, pensé que era algo bueno para nuestros bosques y ríos, pero con el pasar de los días comprendí que, aunque siempre habíamos sido sus guardianes, ahora ni siquiera nosotros podíamos habitarlos.

El día de mi cumpleaños llegó, pero las lágrimas que antes eran de mi madre, ahora también eran mías. Cumplía seis años, ya era una niña grande, y esperaba con ilusión la celebración con mis papás, mis hermanos y mis hermanas. Lo que más me emocionaba era mi regalo favorito: un almuerzo con mi plato especial, encocado de muchillá.

Pero mi sonrisa se desvaneció cuando, en lugar del delicioso aroma de mi comida favorita, encontré una pequeña nota. La sostuve con cuidado, sintiendo cómo mi alegría se transformaba en tristeza mientras la leía:

«Mi dulcecito de coco,

Nos encantaría poder seguir con la tradición de cocinarte y demostrarte nuestro amor a través de la comida, pero la situación actual no nos permite ir al río para traer los camarones que tanto te gustan. Eso no impide que mantengamos la fe en que vamos a encontrar un camino para que la tradición siga viva.

Tu familia te regala esta receta. Tu abuela me la enseñó y, a su vez, ella la aprendió de su madre, y así por muchas generaciones.

Te la escribo para que siempre recuerdes tus ancestros, esperando que en algún momento la puedas cocinar para tus hijos.



## **Encocado de muchillá**

### *Ingredientes:*

2 cucharadas de aceite  
Achiote  
2 tallos de cebolla larga picados  
1 cebolla blanca picada  
1 tomate picado  
2 dientes de ajo picados  
½ pimentón verde picado (opcional)  
2 ajíes dulces picados  
½ cucharada de cilantro cimarrón o chiyangua picado  
½ cucharada de poleo picado  
1 coco pelado  
½ taza de agua caliente  
2 libras de camarón  
1 plátano pintón  
Sal, pimienta y comino al gusto

### *Preparación:*

1. En un sartén profundo agrega el aceite y el achiote. Mezcla y luego cuela el aceite para retirar los sobrantes de achiote.
2. Sofríe el ajo y las cebollas y agrégalas al aceite. Sofríelas hasta que estén transparentes.
3. Agrega el pimentón, el ají dulce, el tomate, el cilantro cimarrón y el poleo, y cocina toda la mezcla por 10 minutos. Condimenta con sal, pimienta y comino al gusto.
4. Corta el coco en trozos medianos y licúalo con agua caliente. No olvides dejar abierto el orificio superior de la licuadora y cubrirlo con un trapo para que el vapor salga con facilidad pero no salpique. Una vez licuado, exprime el coco sobre un colador para obtener la primera leche de coco. Agrega la leche de coco a la mezcla.

5. Agrega los camarones muchillá (teniendo presente que se deben limpiar antes) empezando por lo más grandes abajo.
6. Luego agrega el plátano pintón partido en rodajas gruesas y tapa la preparación, preferiblemente con hoja de plátano, durante 20 o 30 minutos.

Se sirve con arroz y tostadas de plátano.

Con amor,

Mama, papá, tus hermanos y tus hermanas»

En aquel momento, aunque me sentí triste y defraudada, guardé aquella hoja como un tesoro.

Los días pasaban y la situación en casa se volvía cada vez más difícil. Nuestras opciones para alimentarnos eran pocas, y muchos de nuestros vecinos, aunque temían ser sancionados, continuaban con sus oficios en secreto. Hasta que un día, tras un largo silencio, mi padre golpeó la mesa con sus fuertes manos y exclamó con firmeza: —¡No más! Luego, sin decir otra palabra, salió de la casa visiblemente ofuscado.

Después de aquel día papá comenzó a ausentarse con más frecuencia. Pronto supimos que estaba hablando con nuestros vecinos, tratando de animarlos a unirse y organizarse para cambiar las limitaciones que nos estaban afectando. Su objetivo era defender y resaltar nuestra cultura, promover el trabajo en



comunidad y la toma de decisiones compartida sobre nuestro territorio. Quería que todos nos sintiéramos responsables de la tierra en la que vivíamos, que buscáramos nuevas formas de subsistir aprovechando sus recursos, pero con mayor compromiso para su protección.

Mi padre y otras personas formaron un grupo de guardabosques, y la comunidad comenzó a prepararse para recibir a visitantes de otros lugares, que venían a conocer la belleza de nuestra tierra. Mamá nos contaba que esas personas llegaban en las famosas «Brujitas», y en mi mente, imaginaba a una señora con un enorme sombrero volando en su escoba, llevando pasajeros hasta

nuestro hogar. Pero nada me había preparado para la sorpresa que me llevé el día que vi llegar a uno de mis primos, acompañado de varios visitantes, sobre una tabla de madera que avanzaba con la fuerza de una larga vara. «¡Así que esas eran las brujitas! », pensé.



Todos estábamos muy orgullosos. La comunidad había logrado reunir un pequeño grupo de guardabosques y su esfuerzo comenzaba a dar frutos. Pero aún quedaba mucho por hacer. Años más tarde, nació una gran idea: crear una fundación. Así podríamos unir más manos y más corazones dispuestos a cuidar nuestra tierra.

En la época en se constituyó la fundación, en el año 1997, yo tenía 22 años. En este punto veía la situación con otros ojos y seguía los pasos de mis padres imaginando alternativas para vivir cada vez mejor. A través de la fundación participamos en un proyecto llamado «Recuperación de los valores étnicos culturales a través del fortalecimiento de los sistemas sostenibles de producción». Trabajamos en impulsar el turismo comunitario para que todos y todas, también los ríos y los bosques, tuviéramos bienestar. Dejamos de cortar los bosques y las familias encontramos en el turismo otra forma de sustento. Desde entonces y hasta el presente, la fundación trabaja para que las familias aprendan a preservar la naturaleza y las tradiciones, asegurando un hermoso futuro, pero también un bello presente.

Gracias a este proyecto, muchos amigos, familiares y vecinos empezaron a participar en la organización ecoturística, resaltando nuestra riqueza natural y cultural. Un tiempo después, mi madre, inspirada por la fuerza de papá, empezó a trabajar con las personas interesadas en el alimento y la gastronomía, con lo cual se conformó una red de cocineras y cocineros tradicionales.

No ha sido un camino fácil y las luchas han sido largas. Muchos de mis amigos decidieron irse a ciudades más grandes y abandonar el territorio, algunos amigos de mis padres nunca regresaron para ver el resultado de nuestro esfuerzo. A pesar de todo, hoy siento felicidad y agradecimiento. Gracias a las luchas de mis padres hoy tengo un restaurante, un lugar feliz que alimenta a mis hijos con la misma sazón de mi madre y mis abuelas, un restaurante que sigue apoyando el movimiento de la Fundación San Cipriano y donde celebro la vida de mis hijos cada año con encocado de muchillá.





# Yaré, la guardiana de Guapi<sup>7</sup>

Desperté escuchando a mamá decir: —¡Yaré! ¡Yaré! ¡Hija! Hoy es el día que has esperado. Es la fiesta de Guapi, ¿lo olvidaste? ¡Es 8 de diciembre y ya vas tarde!

Di un brinco y me levanté. En cinco minutos me enjuagué la cara, me puse mi vestido de flores y arreglé mi pelo con mi turbante favorito, el morado. Pensé con entusiasmo: «¡Ahora estoy lista! ¡Es mi gran día!... Uff, lo olvidé... no he regado la azotea de mamá».



Mientras caminaba rápido, percibí que olía a Chiyangua. Parecía que había llovido; todas las plantas estaban lindas y grandes.

—Maaa, ya puedes sacar los ataditos y llevarlos a la galería. Te van a salir unos 20. El cilantro cimarrón y el oreganón ya están listos —le conté a mamá con emoción.

Salí corriendo lo más rápido que pude porque me esperaba mi abuela Anaís en la galería, para ir juntas a nuestro recorrido. La vi a lo lejos y grité: —¡Abue! ¡Abue!

Me recibió con un abrazo calentito y sentí que todo estaba bien. Mientras me abrazaba, le conté:

—La azotea de mamá y la de todas las vecinas están llenas de plantas, y todos los días sacan alguna para vender en la galería. La chiyangua es mi favorita porque con ella queda el sancocho más rico.

Mi abuela me dijo con una sonrisa: —Cuando volvamos, te preparo un buen «pescao» con achiote y ajíes dulces. ¡Vas a ver lo delicioso que queda! Nunca más me vas a pedir que compre el cubito Maggie.

—Abuela, pero en serio, desde hace rato me dices lo mismo —le respondí.

—Ya lo puedo preparar porque ahora sí se consiguen las hierbas ahí mismo en la hielera. Se han empezado a ver las plantas que hace rato no veía —me respondió.

—¡Yaré, mira a Olivia! ¡Ve y le ayudas!

Fui rápido y le recibí dos pescados grandes. No podía ayudarla con los otros paquetes porque eran muy pesados. Otras mujeres le ayudaron. Luego subimos a la lancha y arrancamos.

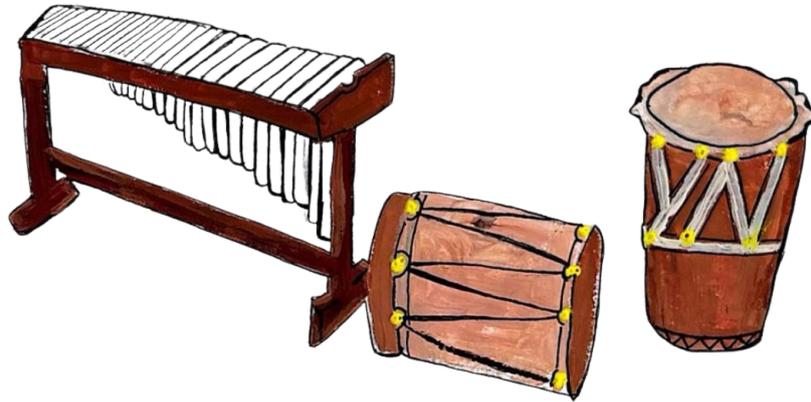
Le pregunté a mi abuela Anaís cómo era el recorrido y ella me dijo que íbamos por el río Guapi.

—¡Abue! ¿Ya vamos a llegar? Llevamos casi dos horas.

La abuela Anaís me respondió que apenas habían transcurrido veinte minutos.

En el recorrido me contó que mi abuelo fue pescador y que la acompañó a hacer este mismo recorrido, mientras le contaba grandiosas historias y aventuras suyas por los ríos Napi, San Francisco y Guají.

En la medida en que nos acercábamos al punto de encuentro de las lanchas, escuché mi canción preferida, estaba tocando el Grupo Bahía. Me gusta como suenan todos los instrumentos: el bombo, el cununo, la flauta y, sobre todo, la marimba de chonta; y ni hablar de los cantos de boga.



Era imposible quedarse quieta. Cada nota resonaba en mi cabeza y los pies de mi abuela se movían al ritmo de los tambores. Sus manos se cargaban de fuerza y cada aplauso suyo se sumaba a la melodía. La risa y aplausos de las otras personas también animaban el currulao, el bunde y el bambuco.

—¡Abue! ¡Abue! ¿Escuchaste? ¡Escuchaste! Acaba de nacer un niño, fueron 6 tiros. ¿Los escuchaste? —le dije a mi abuela.

—¡Calma, Yaré! Sí, los escuché... ¡Es un motivo más de celebración! Cuando naciste, tu papá disparó 4 tiros al aire. Ah, fue un grandioso día, todos estábamos muy felices —dijo la abuela—. Hoy te voy a mostrar un lugar que conecta el alma con nuestra tierra. Ese es tu lugar, es tu llamado.

—Abue, no entiendo de qué hablas —le respondí.

Apagaron el motor y la música se escuchaba más lejana. La lancha se aproximó al borde del río. Con mi abuela descendimos de la lancha y caminamos hacia un hermoso árbol. Era grande, frondoso, sus hojas eran de un color verde intenso y despedían un olor fresco. En ese momento sentí tranquilidad y paz.

—Yaré, cuando naciste tu papá trajo tu ombligo a este árbol. Es tu conexión con el territorio; es el alma y el cuerpo en uno solo. Esta es tu raíz, tu origen, tu inicio en el mundo —dijo mi abuela.

Sentí una profunda sensación de protección y fue inevitable que mis lágrimas rodaran por mis mejillas. Fue inexplicable lo que sentí.

La abuela me tomó de la mano y regresamos a la lancha. El recorrido continuó, pero esta vez tomamos un brazo del río. Un profundo silencio se apoderó de la embarcación y la mirada de mi abuela Anaís se perdió en la distancia. Sus ojos guardaban nostalgia y, en ese instante, percibí un aire desolador. Sin entender qué pasaba, abracé a mi abuela.

Mi abuela me miró y me dijo con voz melancólica:

—Te contaré... Cuando era niña, me encantaba ver la puesta del sol por cómo se mezclaban los colores rojizos y naranjas en el cielo. Además, disfrutaba jugar todas las tardes a la orilla del río. Un día, mi mamá me dijo desde la puerta de la casa: «Anaís, no te alejes mucho. Hoy el río está enfurecido, y ya se hace de noche».

«¡Tranquila, mamá! Solo voy a recoger unas piedritas bonitas», le respondí, sin dejar de saltar entre las rocas.

—Ese día sentí algo diferente —me dijo pensativa la abuela—. El aire estaba pesado y tenía un olor extraño y desagradable. Parecía un químico que se mezclaba con la brisa fresca del río. Yo, apenas una niña, no presté atención al principio, pero cuando el cielo se oscureció de repente, el miedo invadió cada parte de mi ser. Sentí un escalofrío que recorrió desde la punta de mis pies hasta mi cabeza. Mi respiración se aceleró y mi mente quedó en blanco.



—Sabía que algo pasaba pero no pude pronunciar ningún sonido —dijo—. Todo empezó a ser confuso. Al mirar hacia el cielo, solo pude ver cómo los pájaros María mulata y el bailarín blanco se alejaban, con un canto distinto. De repente, escuché un ruido extraño, un zumbido lejano que cada vez se acercaba más. El corazón parecía salir de mi pecho.

«¡Mamá!» Apenas pude gritar, pero no me escuchó.

—El río se levantó y cobró vida de una manera que nunca había visto —contó la abuela, como si estuviera viviendo nuevamente ese momento—. Las aguas, antes claras y tranquilas, se agitaron, y de ellas emergieron figuras oscuras, como sombras que susurraban palabras que no entendía, pero que me petrificaban.

«¿Qué quieren?», pregunté con la voz entrecortada.

«El veneno viene del cielo», dijo una de las sombras.

—Nuevamente levanté mi rostro hacia el cielo y fue entonces cuando vi los aviones. Eran enormes pájaros de metal, y de ellos caía una lluvia densa y blanca. Las gotas tocaron las hojas de los árboles, y solo pude ver, aterrorizada, cómo las plantas se marchitaban al instante; como si el veneno les robara la vida en segundos. No pude hacer nada —lamentó la abuela.

«¡Corre, Anaís!», gritó una de las sombras.

—Su voz sonaba más como un lamento que como una advertencia —recordó la abuela—. Intenté moverme,



pero mis pies parecían pegados al suelo. No logré dar un solo paso. Las bombas comenzaron a sonar a lo lejos y el pueblo entero se sumió en el caos. Las personas corrían hacia sus casas, gritando y llorando. Finalmente, logré volver en mí y corrí con las fuerzas que me quedaban hacia la cueva que estaba cerca del río. Allí, la noche se hizo interminable. Solo podía escuchar los sonidos de un pueblo sumido en la tristeza.

—En medio del caos y del cansancio, me quedé dormida —contó la abuela—. Al día siguiente, desperté con el cuerpo adolorido y una tos seca que no me dejaba respirar. De pronto, escuché una voz cálida. Era mamá. Ella me abrazó con amor y me llevó cargada en sus brazos hasta la casa.

«Ay, mi niña», susurró mamá, limpiando el sudor de mi frente. «Esto no es una simple fiebre. El veneno te ha tocado».

—La voz se me fue y apenas podía hablar —recordó la abuela—, pero mis ojos seguían a mamá mientras ella movía sus manos hábiles entre las plantas que guardaba en un rincón de la casa.

«¿Qué vas a hacer, mamá?», le pregunté, con voz débil.

«Te voy a sanar, mi amor. Las plantas todavía nos protegen», me respondió mamá, mientras preparaba una infusión con hojas de matarratón, eucalipto y manzanilla. «Bebe esto, te ayudará a respirar». Empecé a tomar la infusión y luego tomé algo de tomaseca y sentí cómo el calor recorría mi cuerpo. Luego, mamá frotó un ungüento en mi pecho, hecho de hierbas y raíces, mientras cantaba mi canción, como hacía siempre que alguien de la familia se enfermaba.

«Mamá», dije con los ojos entrecerrados, «¿por qué están matando las plantas? ¿Por qué nos hacen esto?»

—Mamá suspiró, acariciando mi cabello —contó la abuela con nostalgia. «Porque hay gente que no entiende que la tierra es nuestra madre, Anaís. No te preocupes, las plantas y nosotras somos fuertes. Sobreviviremos, como siempre lo hemos hecho», me respondió mamá.

—Mientras me recuperaba, escuchaba a mamá hablar de las historias de sus ancestros, de cómo las plantas habían curado heridas y alimentado al pueblo por generaciones. Y en mi corazón, sentí que algo cambiaba. Ya no era solo una niña asustada; ahora tenía una misión.

«Mamá», le dije con una voz más firme, «cuando me recupere, voy a aprender todo lo que sabes de las plantas, y voy a hacer todo para que nuestro pueblo no se olvide de ellas».

—Mamá sonrío —recordó la abuela con un aire más tranquilo —«Esa es mi niña valiente, me dijo mientras me abrazaba. “Las plantas y nosotras somos una, nunca lo olvides».

La abuela Anaís suspiró al terminar su historia, luego me miró y me dijo: —Yaré, esta es mi historia, son mis raíces, es mi conexión. Hoy quiero que entiendas cuánto se entristece nuestro territorio cuando nos olvidamos de que somos uno. Hoy quiero que seas tú quien proteja y guarde nuestros saberes.

Durante el recorrido de regreso reflexioné sobre mi conexión con este territorio. Sentí y pensé que a este lugar pertenezco y, por ello, quiero cuidar del legado de mi abuela Anaís.



# Un paraíso en peligro: el mensaje de Gorgona<sup>8</sup>

Era un viernes en la mañana cuando Pablito y su familia llegaron a Gorgona, un paraíso perdido en el inmenso océano a decenas de kilómetros de la costa pacífica. Desde que zarparon, Pablito no dejaba de imaginar lo que encontrarían en aquel lugar que sus padres, Bianca y Ernesto, tanto anhelaban conocer.

Gorgona no es una isla cualquiera. En su corazón se alza el cerro La Trinidad y muy cerca, como un secreto bien guardado, se encuentra la pequeña y casi prístina isla de Gorgonilla. Sus padres le habían contado que allí habitaban los arrecifes mejor conservados de Colombia, hogar de criaturas asombrosas y tesoros ocultos bajo el mar.

Pero la magia de Gorgona no termina en el océano, sino que se abría paso en la espesura del bosque húmedo tropical, donde la vida brota en cada rincón. Árboles gigantescos cobijan 543 especies de plantas, mientras 148 tipos de aves llenaban el aire con su canto. Mamíferos curiosos asoman entre las sombras, como si quisieran darles la bienvenida.

Lo más emocionante llegó cuando desde la orilla, divisaron a lo lejos el espectáculo más grandioso de todos: las majestuosas ballenas jorobadas emergiendo de las profundidades, acompañadas de



8 Autores: Lina Marcela Cifuentes Correa, Lina Sánchez Barriga, Lina Gómez Rodríguez y Sergio Vargas Correa

delfines juguetones y cachalotes imponentes. Pablito sintió que su corazón latía tan fuerte como las olas rompiendo contra la costa.

En ese instante, comprendió por qué sus padres soñaban con conocer Gorgona. No era solo una isla, era un mundo lleno de vida y maravillas, un rincón del planeta donde la naturaleza aún susurraba sus más antiguos secretos.

A pesar de que era un día soleado, la espesa niebla se filtraba por el bosque húmedo tropical, y se sentía una leve brisa que armonizaba el paisaje. Cuando desembarcaron, los recibió Celia, la guardiana de la isla, carismática y muy alegre, que estaba allí para guiarlos durante su visita.

Pablito estaba acostumbrado a ver lugares hermosos, pues sus padres eran viajeros curiosos y apasionados, habían recorrido distintos lugares llevándolo desde que tenía dos años. Era de esperar que Pablito heredara la curiosidad de sus padres y que a sus diez años de edad les contara con orgullo a sus amigos cada una de sus aventuras, los colores, los sabores, las texturas y los sonidos extraños que descubría en sus vacaciones. Sin embargo, nunca nada se había comparado con la magia que lo acogió cuando pisó las playas de Gorgona. ¿Cómo era posible ver un verde tan profundo, un azul tan intenso y una arena tan oscura en un solo lugar? ¿Cómo es que había rocas tan grandes, tan negras y tan angulares en una isla?



Mientras, estas preguntas rondaban la cabeza de Pablito; un mico cariblanco pasó de repente balanceándose entre los árboles, captando su atención, como si fuera un llamado a la aventura, decidiendo ir tras su rastro. Celia, por otra parte, estaba guiando el recorrido en la antigua prisión, y sus padres atrapados escuchando la historia y haciendo preguntas, perdieron de vista a Pablito, quien se alejaba cada vez más adentrándose en el interior de la isla, en el interior del misterio de la selva de Gorgona. Cuando menos pensó, Pablito perdió el equilibrio; el suelo rojo, lodoso y resbaloso bajo sus pies cedió y cayó de repente en una inmensa oscuridad. Al abrir los ojos, una luz tenue le permitió ver a un grupo de micos cariblanco mirándolo con curiosidad. —Por fin ha llegado alguien que nos puede ayudar —dijo una voz entre las sombras.

Pablito frotó sus ojos. —¿Estoy escuchando bien? —se preguntó. A su alrededor, un grupo de monos revoloteaban y lo observaban desde las ramas, mientras un enorme lagarto azul (*Anolis gorgonae*) posado sobre una roca inclinaba imponentemente la cabeza.

—¿Quién habla? —preguntó Pablito, todavía aturdido por la caída.

—Yo lo hice —respondió el lagarto, inflando su pecho con orgullo— Y te aseguro que no estás soñando. El lagarto azul podía parecer un simple reptil para cualquier visitante, pero en realidad era el verdadero guardián de la isla. Único en el mundo, este lagarto solo vive en Gorgona, donde reina entre los verdes follajes y las antiguas rocas. Su brillante color azul no solo lo hace especial, sino que también lo convierte en un símbolo de la isla, tan importante como sus selvas y sus mares.

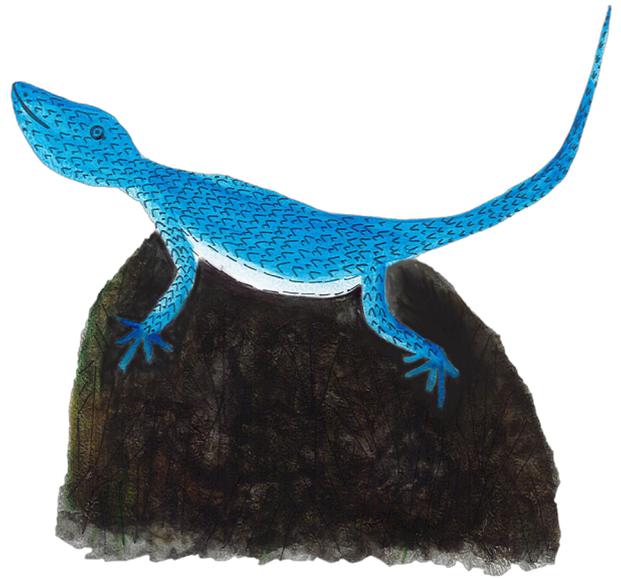
Pablito sintió un escalofrío recorrer su espalda. A su alrededor, el hueco donde había caído no era tan oscuro y aterrador como había pensado. Una suave cuna de musgos del grupo de las briofitas (*Phylum Briophyta*) había amortiguado su caída, y el suelo estaba cubierto de hojas suaves de aguacatillo y raíces retorcidas. Pero lo más extraño de todo eran los animales: monos, serpientes de colores, un oso perezoso que bostezaba lentamente e incluso una rana que lo observaba con ojos expectantes.

—Escucha, pequeño —continuó hablando el lagarto azul, mientras se acercaba con una taza humeante, que le extendió a Pablito. Luego le dijo con voz serena: —Tómame esto.

—¿Qué es? —preguntó el niño, mientras olfateaba el aroma herbal de la bebida.

—Es agua de hojas de aguacatillo con corteza de nacedero. Ayuda a aliviar los dolores del cuerpo; seguro te golpeaste al caer... Bébelo todo y verás que el dolor desaparecerá.

Pablito dudó por un momento, pero el calor reconfortante de la taza entre sus manos lo convenció. Cerró los ojos y tomó un sorbo.



—Si tienes una herida, te puedo poner un poco de hojas de uña de gato; estas te ayudarán a cicatrizar pronto —dijo una serpiente, preocupada por el niño.

—Estoy bien —dijo Pablito— mientras terminaba la bebida.

Mientras tanto, el lagarto prosiguió: —No llegaste aquí por casualidad. Gorgona te ha llamado, necesita tu ayuda.

Pablito frunció el ceño. «¿Ayuda? Pero si yo solo he venido con mi familia a conocer la isla y a ver animales. ¿De qué hablaba ese lagarto?», pensaba.

Entonces, aquel hueco comenzó a brillar con un resplandor verdoso. Las raíces que cubrían las paredes parecían moverse, como si estuvieran vivas. Frente a él, la imagen de la Gorgona apareció en el aire, pero algo andaba mal. Primero, vio un paraíso de selvas verdes y mares cristalinos, pero poco a poco el paisaje cambió: aparecieron manchas de contaminación, grandes embarcaciones, bultos de cemento, árboles caídos y los animales comenzaron a desaparecer.

—Nuestra historia está en peligro —susurró la serpiente—. Tenemos miedo de que vuelva a suceder.

Pablito sintió un nudo en el estómago. Por primera vez, comprendió que Gorgona no solo era una isla hermosa, sino un mundo vivo que necesitaba ser protegido.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó en voz baja.

El lagarto balanceó su gula (piel colgante) y dijo con convicción:

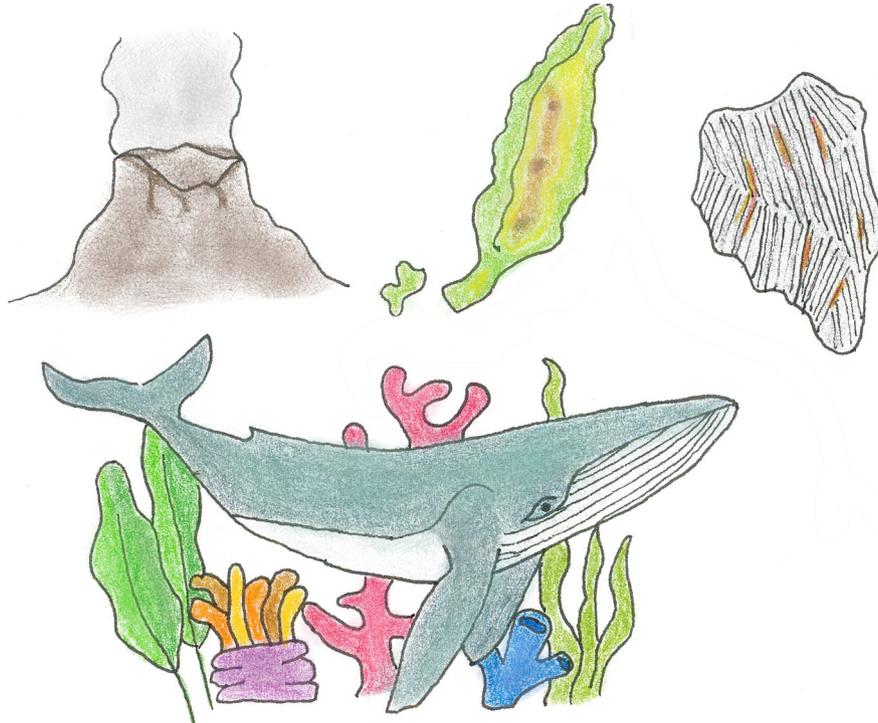
—Escuchar, aprender y llevar nuestro mensaje al mundo de los humanos.

Los animales se acercaron y comenzaron a contarle la historia de la isla: desde sus orígenes volcánicos, sus suelos levemente rojizos y rocosos, sus playas, hasta los tiempos en que fue una prisión, y ahora, un santuario en peligro de extinción. Cada animal tiene una historia que compartir y Pablito los escuchó, entendiendo que, aunque era solo un niño, su voz podía marcar la diferencia.

—¡Primero me gustaría hablar a mí! —dijo una enorme ballena jorobada (*Megaptera novaeangliae*) —, cuya presencia dejó a Pablito completamente asombrado. ¿Cómo podía estar de repente él allí, junto a la ballena, entre los corales de colores?

—Nosotras viajamos miles de kilómetros escapando de las aguas frías del norte —continuó

la ballena con voz profunda —. Y Gorgona ha sido nuestro refugio durante generaciones. Mis ancestros fueron testigos de cómo nació esta isla, hace muchísimo tiempo, cuando un volcán rugió en lo más profundo del océano.



Pablito abrió los ojos con emoción.

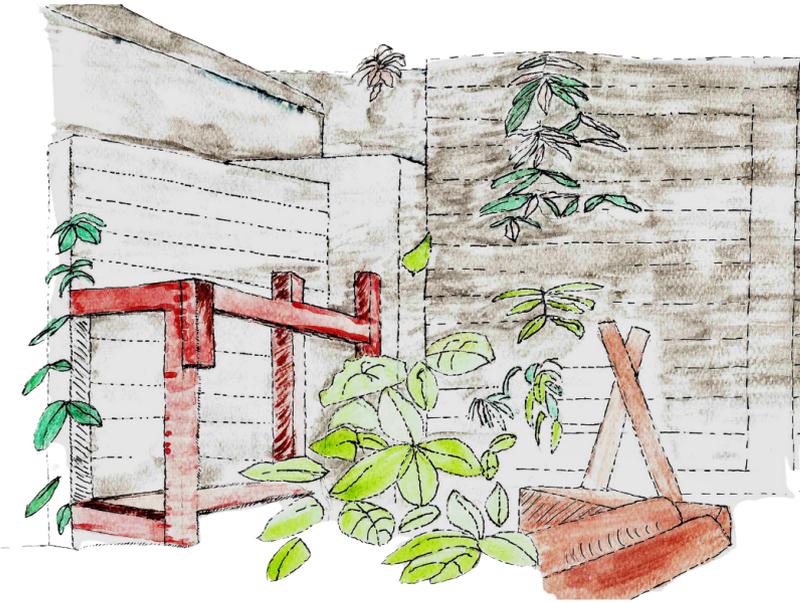
—Con el tiempo, la isla se unió al continente, aunque quedó rodeada de mar. Pero lo más asombroso es que el fuego del volcán dejó una roca muy rara y especial, rica en hierro y en magnesio, llamada komatiita, que casi no se encuentra en otros lugares del mundo.

La ballena subió a la superficie y de repente dio un giro en el agua, dejando que la luz del sol iluminara sus aletas.

—Desde entonces, hemos sido las guardianas de Gorgona. Y si miras un mapa, verás que la isla tiene forma de ballena, como nosotras.

Pablito sonrió, maravillado por la historia de la isla y sus antiguos guardianes.

—Nosotros vivíamos muy tranquilos —dijo el oso perezoso de tres dedos (*Bradypus variegatus gorgonae*)— hasta que los españoles llegaron a nuestro hogar (1526), llamándola San Felipe, nombre que no le duró mucho, porque su invasión a nuestro mundo fue protegida por nuestras amigas las serpientes que la habitaban; luego de eso, prefirieron llamarla Gorgona. A partir de este momento, la presencia de humanos en la isla ha representado un gran conflicto. Durante una época, construyeron una cárcel de máxima seguridad que duró 24 años, llevando a muchos de nosotros a refugiarnos bosque adentro debido a que los humanos todos los días talaban árboles para sus actividades; los usaban como fuente de energía y material de construcción. Otros animales, en cambio, desaparecieron para siempre.



—Afortunadamente —dijo el pájaro mielero (*Coereba flaveola gorgonae*)—, declararon la isla como una zona protegida, convirtiéndola en un Parque Nacional Natural para el desarrollo de investigación científica, el ecoturismo y la educación ambiental. Gracias a eso, científicos y exploradores han venido a estudiarnos, a comprender cómo funciona nuestro hogar y a asegurarse de que siga siendo un refugio seguro. También han llegado viajeros curiosos, que con respeto y admiración desean descubrir con sus propios ojos las maravillas que aquí habitan. Ahora Gorgona no solo es nuestro

hogar, sino también una escuela viviente para quienes quieran aprender a proteger la naturaleza.

Sin embargo —añadió muy desanimado el pájaro mielero—; esta acción no ha sido suficiente para frenar otros intereses, y ahora nos vemos amenazados por la construcción de un proyecto militar, que según mis dos hermanos, que han sobrevolado la zona y escuchado cautelosamente,

podría regresarnos en el tiempo a los días de deforestación de Gorgona y desaparición de especies, con complicaciones aún mayores como, por ejemplo, la dificultad de las ballenas para llegar hasta acá sin estresarse por el tráfico continuo de grandes embarcaciones. También me dicen que es posible la contaminación por derrames de combustible en el mar o, peor aún, el aturdimiento generado por las ondas electromagnéticas de la torre de radar que llevaría a la migración de aves, tortugas, murciélagos y otras especies.

—Por eso, Pablito, necesitamos de tu ayuda —sollozó el lagarto azul. Ayúdanos a compartir estas historias con tu familia, con tus compañeros y tus profesores de colegio, para que la historia no se vuelva a repetir y para que más niños como tú puedan venir a conocer este paraíso encantado. Tal vez puedan fotografiarnos, claro, si nos encuentran distraídos —expresó ya en tono burlesco el lagarto azul— tomando el sol en alguna rama o pared o merodeando en las aguas del mar. Gracias por escucharnos y esperamos verte de vuelta. Mi vecina la rana te acompañará de regreso hacia donde se encuentran tus padres; ellos ya están por terminar el recorrido y se van a preocupar si no te ven por allí —le guiñó el ojo el lagarto azul a Pablito.

Pablito y la rana emprendieron la caminata de regreso, pasando primero por una zona oscura en la que habitaban bastantes murciélagos, que le desearon suerte a Pablito en su ardua tarea. Este pasadizo los llevó hacia la superficie, justo donde se había resbalado unos momentos antes. Pablito siguió a la rana a través de la selva, rememorando cada una de las historias para que no se le olvidara ningún detalle. Cuando finalmente se encontraron con la estructura de la cárcel, Pablito quiso despedirse de la rana y le alegró bastante escuchar el croac-croac, mientras esta se alejaba brincando.

Celia y los padres de Pablito vieron a lo lejos a alguien corriendo hacia ellos. Era Pablito, que venía con los brazos abiertos, ansioso por reencontrarse con su familia.

—Tuve una gran aventura —exclamó con emoción.

Pero antes de comenzar su relato, puso una condición:

—Solo se los contaré si prometen compartirlo con alguien más. Así el mensaje seguirá viajando, recordando a todos la importancia de escuchar, aprender y llevar el mensaje al mundo de los humanos».

Sus padres sonrieron y asintieron, listos y emocionados por escuchar la historia que Pablito traía consigo.

Entonces, mientras caminaban juntos hacia la lancha que los llevaría de regreso, Pablito comenzó a narrar su aventura: habló de los micos cariblancos, del extraño resplandor en la selva, de la ballena jorobada que le contó sobre el origen de la isla y del lagarto azul, único y en peligro de extinción, quienes le confiaron el secreto de Gorgona.

Al mismo tiempo, Celia corrió hasta su oficina y regresó con un pequeño obsequio para Pablito: una fotografía del enigmático lagarto azul de Gorgona.

—Para que nunca olvides lo que viviste aquí —le susurró Celia al oído a Pablito.

Pablito tomó la foto, mientras la lancha se alejaba de la isla, la sostuvo contra su pecho y miró una última vez hacia el espeso bosque. Sabía que esta foto no era solo un recuerdo, era parte del mensaje que debía viajar más allá de las olas, llegar a muchas voces y despertar en otros el deseo de proteger ese lugar maravilloso. Solo compartiéndolo podría inspirar a más personas y marcar la diferencia en el mundo de los humanos.

# Cuando la marea sube, el manglar suena<sup>9</sup>

La crisis nos hizo migrar, digo «nos» porque, aunque hable uno, no se es uno, ni siquiera se es solo ave; soy Piura, o Zarapito común (*Numenius phaeopus*), como me llaman los científicos, aunque no soy tan común como creen, soy más bien un ave preguntona. En el mundo en el que vivimos hay muchas crisis y, asimismo, hay muchas migraciones. Pero esta crisis en particular es la de un mundo que insiste en la desconexión de lo humano con el resto de la naturaleza. Otros como yo han venido aquí antes, así como las gaviotas, los pelícanos, las tijeretas y el chorlito piquigrueso, quienes vuelan periódicamente a este lugar para cobijarse en su cálido clima. Esta vez llegamos buscando respuestas.

Este lugar es donde nace y se sostiene la vida con la zona de manglar más grande de todo el pacífico oriental tropical, uno de los ecosistemas más biodiversos del planeta, protector natural y amortiguador de tsunamis e inundaciones, regulador de los cambios de los niveles del mar y resguardo de las costas. Llegamos a una de las trece subregiones del departamento de Nariño, conformada por los municipios de El Charco, La Tola, Mosquera, Olaya Herrera y Santa Bárbara de Iscuandé. Es el Parque Nacional Natural Sanquianga

Al llegar no había respuestas, ni tampoco agua. No había nadie; solo una vaca flaca que camina entre las casas palafíticas sobre suelos arenosos playeros con pasto. Caminamos hacia el estero, el suelo es un lodazal. Debemos estar en el pantano.



—Las respuestas están.

Alguien habla —¿Quién eres?

—Soy el manglar —respondió.

Su voz sonaba como si la brisa marina se chocara con el viento del bosque. El manglar es uno de los ecosistemas presentes en este territorio, como las barras de arena, los planos lodosos, las playas, los bosques inundables y no inundables. Interrumpió para continuar:

—Soy el mangle rojo (*Rhizophora mangle*), el mangle negro o iguanero (*Avicennia germinans*), el mangle blanco (*Laguncularia racemosa*), el mangle piñuelo (*Pelliciera rhizophorae*) y el mangle nato (*Mora oleífera*).

—Soy la piangua (*Anadara tuberculosa* y *Anadara similis*), el cangrejo tasquero (*Sesama sp.*), el cangrejo azul (*Cardiosoma sp.*), el cangrejo trepador (*Goniopsis gaudichaudi*) y la jaiba (*Callinectes arcuatus* y *C. toxotes*). También soy el joven langostino (*litopenaeus occidentalis*), que recorre estos estuarios, antes de crecer y adentrarse en el mar donde camina en las profundidades lodosas —prosiguió.

—Soy el barbinche (*Bagre panamensis*), la merluza (*Brotula clarkae*), la cherna (*Hyporthodus acanthistius*) y la carduma (*Centengraulis mysticetus*). La tortuga caguama (*Lepidochelys olivacea*) y la tortuga Collareja (*Charadrius wilsonia*), especies en peligro de extinción. El oso perezoso, el oso hormiguero, el guatín, el tatabro, la guagua y el tigrillo —agregó.

—¿Acaso tienes las respuestas? —pregunté.

—Las respuestas están ahí —repitió el manglar— es cuestión de esperar que la marea las muestre.

El manglar hablaba como si supiera con seguridad lo que pasaría en el futuro, así que le pregunté: —¿Cómo sabes qué va a pasar?

—La marea cambia cada seis horas aproximadamente, se va y vuelve. En la bajamar llega a su punto más bajo mientras que en la pleamar alcanza su punto más alto. A medida que crece, trae con ella lo que estás buscando. Además, hoy es luna llena, estamos en puja, la marea tiene mucha fuerza, baja y sube más. Lo contrario sucede en la quiebra (luna menguante y creciente). Va a volver... Por eso sé el futuro, porque es el pasado y trae consigo respuestas. Pregunta —insistió.



—¿Por qué le pasa esto al mundo?

—Tal vez no tenga sentido preguntarse por qué. Sea lo que sea, así es y así fue —el manglar estaba empezando a darme importantes lecciones —importa lo que sigue, porque tú, que vuelas de un lado a otro, siempre debes recordar de dónde viniste. Por duras que estén las cosas, volver a la raíz y llevar contigo los aprendizajes; salir del nido sin abandonarlo, ni olvidarlo. Volver para permitir que no desaparezca. Entonces escucha con atención las respuestas que trae la marea a través de mi voz.

—¿Cómo es que en ti hay tanta vida, mientras en el resto del mundo hay tanta muerte? —pregunté.

—En estos suelos arcillosos el agua y los nutrientes se quedan. Por mi proximidad al mar tengo en mí un entorno de salinidad cambiante, mientras los suelos saludables mantienen el hábitat ideal

para muchas especies acuáticas. En estas aguas tranquilas viene a nacer la vida. Como una sala-cuna, aquí la vida se queda, se alimenta, se reproduce y otra se va al mar. Sin embargo, también sufrimos los cambios que vive el planeta entero.

El manglar que trae las respuestas empezó siendo alegre, de repente se había apagado como si lo que fuera a decir a continuación le llenará de angustia. Después de un suspiro continuó: —El cambio climático aumenta la frecuencia de la marea y la temperatura de la superficie del mar y del aire, cambiando los periodos de reproducción de plantas y organismos acuáticos, afectando toda la vida que aquí habita.

Tiempo atrás, gracias a mi habilidad de preguntar había comprendido que la Tierra es un sistema donde todo está conectado y se autorregula para mantener el equilibrio. Por eso sabía que todos estos cambios podrían traer consecuencias muy graves, no solo para este ecosistema, sino para el planeta entero. Así que quise saber más —eso es terrible manglar, cuéntame qué más has tenido que pasar —agregué.

—Mi existencia se encuentra en grave peligro por la erosión costera, donde poco a poco voy perdiendo tierra debido al aumento del nivel del mar. También, sigo perdiendo más tierra ya que han cambiado el uso de mis suelos para cultivos y potreros. Además, en las partes altas de los ríos están talando árboles y esto ha hecho que lleguen muchos sedimentos hasta aquí, y al haber perdido parte de mis bosques inundables por las mismas causas que ya te expliqué, estas cantidades de tierra, hojas y palos terminan en el mar y empieza a generarse inundaciones de las que no puedo proteger a mis habitantes.

—¿Así que los humanos te han hecho daño? —pregunté.

—Si, y así como me han hecho daño a mí y a la vida que sostengo, también se han hecho daño entre sí. Aunque muchos de estos problemas son el resultado de sus acciones y formas de vida, quienes sufren las peores consecuencias no siempre son quienes las generan. Sin embargo, en este territorio también habitan humanos que me cuidan y que han sido perjudicados.

Lo que acababa de oír me parecía una gran injusticia, los animales y las plantas sabemos que sufrimos por causas que nos son ajenas, pero ahora también los humanos.

—¿Cómo es que los humanos que menos te han afectado son los que más sufren aquí? — pregunté.

—El cambio en las lluvias afecta gravemente a estas comunidades humanas porque es aquí donde toman su agua. En este sentido, como ha aumentado el nivel del mar, las otras fuentes de agua empiezan a llenarse de sal. La erosión costera va acabando poco a poco con lo que queda cerca de las orillas del mar, haciendo que la gente deba desplazarse de los territorios que han habitado ancestralmente. Los cambios de temperatura y los efectos en los ciclos de vida de todas las especies ocasionan dificultades en la alimentación de estas comunidades, que son pesqueras. Pero que también, usan y respetan a las plantas y los animales en preparaciones medicinales. Así, no solo alimentan sus cuerpos, sino también sus almas —mencionó el manglar.

Mientras escuchaba con atención lo que el manglar tenía por contar, sentí preocupación y tristeza, no era la primera vez que había visto y oído sobre tales catástrofes; era inevitable pensar si este sería el fin del mundo que conocemos, la destrucción de todo lo que conocía y quería.



«¡Alimento!», fue lo último que escuché, la base de la vida y que estaba en crisis. Hemos dejado de pensar sobre lo que comemos, de dónde viene, cómo fue su vida, porque todo lo que comemos, tanto plantas como animales, alguna vez estuvo vivo. Necesariamente alguien debe terminar su vida para convertirse en alimento.

—¿Era entonces alimentarse un acto de destrucción? —pregunté con angustia.

—Todos morimos para mantener otras vidas —comentó el manglar—. Plantas, hongos y animales. El problema no es morir, todos lo haremos algún día, sino cómo vivimos y cómo morimos. La piangua puede ser un sudado en la cocina o ser nutritiva en el estómago del guatín, aunque solo pide una cosa, que se le permita crecer y reproducirse para que su especie pueda continuar cuidando y sosteniendo este planeta, que se le permita habitar un territorio sano y tener una vida feliz. La alimentación es una de las principales conexiones que tiene cada organismo con las otras especies y su territorio.

—Los alimentos han sido seres vivos —continuó el manglar—. Cuando comemos algo, no solo llenamos nuestro estómago, sino que también estamos conectándonos con el territorio que nos da todo lo que necesitamos. Cada bocado tiene una historia; los alimentos estuvieron en la tierra o en los mares, alimentándose del sol, de la lluvia y de otros seres, conviviendo con los humanos...

—Por eso curioso Zarapito, si aprendemos a respetar y a cuidar lo que comemos, estaremos preservando la vida en el planeta. Cuando elegimos comer con conciencia, estamos reconociendo el esfuerzo que el planeta hace para darnos todo lo que necesitamos. Y lo más hermoso de todo —agregó el manglar— es que el territorio no solo nos sostiene a nosotros, sino que nosotros también podemos sostenerlo, si aprendemos a vivir en armonía con él...

—Déjame darte un ejemplo —el manglar sacó un pequeño recetario de entre sus raíces mientras hablaba—. Capturar la piangua en mis raíces para convertirla en alimento es una labor tradicional conocida como «pianguar». Las mujeres que se dedican a ello son reconocidas como piangueras. Esta ardua labor puede tardar hasta doce horas y consiste en meter mano en el pantano para escarbar con movimientos en forma circular hasta encontrar el molusco. Una vez se captura, se lava y se quita la concha para preparar deliciosos alimentos. Mira esto —me señaló en su pequeño libro— este plato se llama sudado de piangua y se hace con estos sencillos ingredientes:

- 1 libra de piangua desconchada
- 1 cebolla cabezona
- 3 cabezas de ajo
- 2 tazas de leche de coco
- Achiote
- Sal

Mientras me enseñaba las páginas de su recetario, agregó: —Solo aquí saben prepararla, porque es un alimento patrimonial del Pacífico, una práctica y un conocimiento culinario que se ha heredado. Este plato se prepara siguiendo estos pasos:

1. Lavando y picando la piangua.
2. Cocinando la piangua en una olla pitadora por un par de horas hasta que se ablande.
3. Preparando un guiso a base de coco, ajo y cebolla.
4. Rayando el coco para ponerlo luego en una licuadora hasta obtener una leche espesa altamente concentrada y colarlo.
5. Rayando más coco para también ponerlo en una licuadora hasta obtener una leche ligera y colarlo.
6. Agregando a la primera leche, la espesa, el ajo, la cebolla y el achiote, y licuando.
7. Cocinando la piangua ablandada ahora en una olla común hasta que seque el agua restante a fuego medio.
8. Agregando la mezcla de la leche de coco concentrada a la piangua para que se termine de cocinar y luego agregar la leche de coco ligera para suavizar la textura y matizar el sabor. Y así, queda lista para servir y degustar.

Volví a sentir esperanza (y un poco de hambre, ya que cuando venía aquí me gustaba comer piangua, pero nunca había probado esta deliciosa receta), quería que todos supieran que en algún lugar del mundo existían comunidades que a través de actos que parecían tan sencillos, en realidad podían transformar y cuidar su territorio. «Si nos lo proponemos, en todos los rincones podríamos sostener la vida», pensé. El manglar interrumpió mis pensamientos como si me leyera la mente.

—Nos mantenemos con la esperanza de un futuro mejor. Sin embargo, es importante tener en

cuenta que una sola criatura no puede cambiarlo todo, se necesita unión y colaboración. De estas comunidades también puedes aprenderlo, aunque cada persona reconoce su singularidad, piensan en comunidad.

Continué preguntando: —¿Entonces es posible que los humanos puedan sostener los territorios, así como los territorios sostienen a los humanos? ¿Que se sientan parte de los territorios y no sus dueños?

—Mira —de nuevo hablaba el manglar en un tono serio— por otras aves migratorias me he enterado que hace unos años, en nombre de la conservación, se vienen protegiendo áreas naturales en Colombia. Al principio nos alegró esa noticia porque también nos habíamos enterado de que muchas áreas naturales estaban siendo destruidas y contaminadas. El problema es que esta idea de conservación se basa en la idea de que la única forma de cuidar un ecosistema es separar a los humanos de todos nosotros, lo que ha roto los vínculos que hemos tejido durante muchísimos años. Pero, como te venía diciendo, las comunidades que habitan este territorio nos han cuidado ancestralmente.

En una de mis tantas migraciones había visitado otras áreas naturales donde no se veían humanos por ningún lado, incluso en otras vi cómo algunas comunidades se resistieron a irse porque esas tierras también son su casa.

—¿Por qué aquí en Sanquianga era diferente? —pregunté.

—Su forma de vida —prosiguió el manglar— se ha basado en una responsabilidad colectiva a través de prácticas tradicionales que se sincronizan con los tiempos del ecosistema. Estas comunidades también tienen identidades culturales y sistemas de pensamiento a partir del reconocimiento de ser parte de este territorio y del amor que le tienen. Un ejemplo de esto es la receta que te mostré antes.

Me emocionaba que la cultura pueda ser un acto de cuidado y conexión con el territorio, yo personalmente era un gran cantador, así que con mucho entusiasmo le pedí al manglar que me contara más.

—Así, mientras nos cuidan, también cuidan sus tradiciones. Estas prácticas no solo conservan

los saberes ancestrales, sino que también buscan el bienestar de las generaciones futuras. Han sido nuestros guardianes, incluso nos han dado nuevas voces. A través de sus músicas, como el currulao, hablan sobre nosotros y nuestro cuidado —El manglar comenzó a cantar un arrullo mientras el langostino tocaba el cununo—.



*Por allá en los años 90,  
para poder empezar  
Las mujeres más mayores,  
se pusieron a pensar  
En que se hiciera un acuerdo,  
para la piangua cuidar.*

—A través de estas canciones las comunidades se enseñaban a cuidar. Y esto también hace que aquí sea diferente. Porque quienes llegaron a «conservar» reconocieron que eso ya se viene haciendo desde las comunidades locales y decidieron sumar esfuerzos. Así, juntos se han encargado de enseñarse y aprender mutuamente a mantener el diálogo y a co-manejar el territorio. Por ejemplo, han logrado enfrentarse a desafíos como la tala ilegal del manglar por parte de personas externas y han establecido acuerdos para el uso sostenible del manglar, la piangua y la pesca. Este arrullo en particular hablaba sobre los seis acuerdos para cuidar la piangua. —El manglar seguía cantando—

*Ya para despedirme  
Le digo mijito ñaño  
Debemos seguir pianguando  
Eso sí que, conservando  
Así como los más viejos  
Conservaron pa' nosotros  
Saquemos sus cuantas pianguas  
Y dejemos para los otros.*





Pensar en otros mundos posibles, que ya existen y resisten, que cuidan y conviven, hizo que mi corazón se estremeciera. Pasadas las seis horas la marea llegó a su punto más alto. Como antes y como siempre empezó a bajar llevándose las respuestas.

## Planeta Ventura<sup>10</sup>

En una tarde soleada, la abuela María recogió a su nieto de la escuela. Dayro había tenido un día muy ocupado aprendiendo sobre los planetas y el universo. Mientras caminaban por las calles de su barrio, Dayro cabeceaba, mecido por el suave vaivén de los pasos de su abuela y el calor del sol de la tarde.

—Ven acá, mi niño —dijo la abuela al notar lo cansado que estaba. Con cariño, levantó a Dayro en sus brazos y lo acomodó contra su hombro. —Descansa un momento —le susurró con ternura mientras siguió caminando. Y así, Dayro se sumergió en el más extraordinario de los sueños.

De repente, se encontró dentro de una brillante nave espacial. A través de la ventana circular, veía las estrellas brillando como diamantes en el oscuro manto del universo. La nave viajaba entre planetas de diferentes colores y tamaños, hasta que algo llamó su atención: un hermoso planeta azul y verde que brillaba de manera especial.

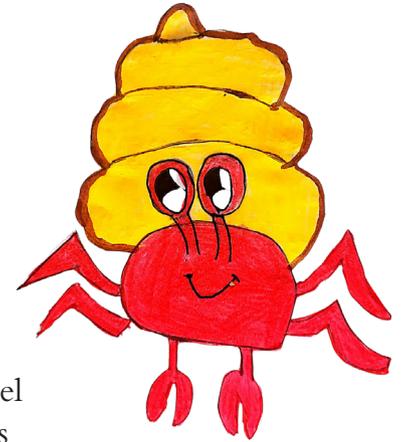
«Planeta Ventura», anunció la computadora de la nave: «un planeta mágico».

Dayro se emocionó, mientras que la nave orbitaba alrededor del planeta, permitiendo ver un mar infinito que resaltaba los colores azules que se mezclaban con el verde esmeralda de extensos manglares. En la bahía, observó cómo enormes ballenas jorobadas saltaban sobre las olas que creaban un arcoíris con el agua que salpicaban, mientras grupos de delfines mular y moteado jugaban entre las olas. En las aguas cristalinas, las tortugas marinas nadaban entre cardúmenes de peces multicolores.



10 Autoras: Juliana Camargo Cuesto, Lorena Ibagón Gutierrez y Cindy Martinez Hurtado

Mientras la nave descendía, Dayro se maravillaba por la diversidad de paisajes. Los bosques húmedos tropicales se extendían imponentemente con sus árboles gigantes de sajo, tangare y chanul, cubiertos de orquídeas y bromelias de vibrantes colores. Bandadas de pelícanos pardos volaban en formación sobre las olas, mientras las garzas blancas caminaban elegantemente por la orilla. En las ramas de los manglares rojo y negro, coloridos martines pescadores se zambullían en busca de peces pequeños, y los llamativos playeritos se movían ágilmente por la playa. Entre las copas de los árboles más altos, enormes águilas pescadoras vigilaban su territorio, mientras que fragatas planeaban con sus alas extendidas sobre el mar. En los esteros y quebradas, nutrias jugueteaban entre las raíces de los manglares, donde cangrejos azules y rojos se escondían.



Poco a poco, la nave se acercaba a una playa dorada. Dayro abrió la compuerta y bajó con asombro. Apenas sus pies tocaron la cálida arena, sintió como la brisa marina acariciaba su rostro con un aroma salado y fresco. Dio unos pasos y hundió sus manos en la arena fina, donde diminutos cangrejos ermitaños corrían rápidamente para esconderse en sus madrigueras. Al levantar la vista, quedó hipnotizado por la belleza del paisaje. A un lado, el mar se extendía



infinito, con olas que bailaban en la costa en un vaivén armonioso. Al otro costado, un espeso manglar vibrante de vida con raíces entrelazadas que parecían sostener el planeta.

Mientras que Dayro avanzaba maravillado por el paisaje, sintió un suave chapoteo en el agua cercana. Se giró rápidamente y vio cómo un elegante delfín salió de las olas con un salto impresionante,

dejando un rastro de gotas brillantes en el aire. El delfín tenía un aire distinto a los demás: llevaba unas pequeñas gafas redondas sobre su hocico alargado y un collar de conchas que resonaban suavemente con el movimiento del agua.

—¡Bienvenido, niño explorador! —dijo el delfín con una voz profunda y amable. —Soy el profesor Delfos y es un honor recibirte en nuestro hogar.

Dayro abrió los ojos con asombro. —¡Un delfín que habla! —exclamó.

El profesor Delfos asintió con orgullo y amorosamente le dijo: —Te estábamos esperando; siéntate a mi lado, te contaré nuestra historia. Hace algunos años, en nuestro Planeta Ventura, existió una gran comunidad que disfrutaba de todas las maravillas y beneficios que estás viendo; todos podíamos salir a cualquier lugar de nuestro planeta, era muy seguro y además se respiraba un ambiente cálido y amable. Sin embargo, un día, el sol se escondió y, en medio de un fuerte tornado, se expandió un polvillo de oscuridad. Esto hizo que el corazón de algunos se oscureciera y sus pensamientos se llenaran de ambición y rabia. Creció el individualismo y la idea de que el dinero rápido era la única forma de sobrevivir. Poco a poco, algunos habitantes dejaron de sonreír y ya no querían salir a jugar ni ayudar a los demás; sus corazones se fueron haciendo pequeñitos y olvidaron lo bonito que era cuidarse entre todos, lo que a su vez generó en ellos un carácter malhumorado y malvado.

Delfos suspiró con tristeza y con sus ojos llenos de lágrimas exclamó: —Desde aquel día, no hemos logrado recuperar la paz; la oscuridad de ese polvillo aún habita en el corazón de algunos que hacen daño, generan miedo y, desde la fuerza, obligan a desalojar espacios del planeta que anteriormente eran para compartir.

—¿Y qué hicieron ustedes? —preguntó Dayro preocupado.



—Al principio teníamos mucho miedo —continuó Delfos—, pero poco a poco, los que manteníamos el corazón limpio nos reunimos aquí en Puente Nayero. Construimos estas casitas de madera, creamos un espacio seguro donde todos nos cuidamos. Cada día, más y más animales y habitantes del planeta vienen a nuestro refugio porque aquí cantamos, bailamos y compartimos lo que tenemos.

Delfos hizo una pausa y con una voz más alegre continuó: —Y lo mejor de todo es que descubrimos algo muy importante: el polvillo mágico no puede entrar donde hay amistad verdadera. Cada vez que hacemos una fiesta, o cada vez que limpiamos juntos la playa o que los niños juegan felices, el polvillo se debilita en todo el planeta. ¡Es como si la alegría fuera un escudo protector!

Dayro, con su voz entrecortada, exclamó: —¿Cómo puede existir tanta maldad en un planeta tan hermoso?

El profesor hizo una pausa, sonrió y, con un destello de esperanza y le dijo a Dayro: —Pero no todo está perdido; a pesar del caos, aún quedan corazones buenos que luchan por proteger nuestro hogar.

Dayro cambió su mirada y con ilusión preguntó: —¿Son superhéroes?

El profesor respondió: —Sí, son nuestros superhéroes, ellos son los jaguares. Cada jaguar tiene una misión: Están los «Jaguares protectores», que con su liderazgo y destreza han logrado camuflarse en la profundidad del planeta para poder detectar los peligros. Al caer la noche, sus ojos sigilosos les permiten deslizarse en los lugares más difíciles y alertar a la comunidad de intrusos; también están los «Jaguares de los ríos», que se encargan de proteger la naturaleza y no permiten actividades que alteren el orden del ecosistema. Además, encontramos a los «Jaguares de la amistad», quienes se encargan de generar lazos de confianza



en la comunidad para fortalecer actividades que permitan el cuidado por el territorio y así, cada día embellecer más a nuestro hermoso Puente Nayero.

—¿Qué actividades hacen? ¿Juegos? —exclamó emocionado Dayro.

—Algo similar —respondió el profesor. —Te daré un ejemplo: el vivir en un planeta hace que los habitantes generen residuos como consecuencia del consumo de alimentos; es necesario que estos residuos se gestionen de manera correcta para que no causen afectaciones al agua, al suelo y a la salud de los habitantes. Por ello, nuestros jaguares trabajan en equipo para enseñarle a la comunidad qué hacer con estos elementos.

—Profesor Delfos, quisiera conocer a los jaguares y a los demás habitantes —exclamó Dayro con emoción.

El profesor Delfos, con una gran sonrisa, exclamó: —¡Claro que sí! Ven conmigo, te mostraré este mágico lugar.

Dayro y el profesor caminaron por el lugar, adentrándose hacia un sendero donde a lado y lado había casas hechas de madera. A medida que avanzaban, Dayro comenzó a notar que el aire se llenaba de sonidos vibrantes. ¡Eran tambores! Acompañados del canto armonioso de aves que se combinaban con las risas y conversaciones de los habitantes.

Dayro observó fascinado cómo los habitantes, de diferentes especies, se tomaban de las manos, bailaban y reían, celebrando la vida a pesar de la sombra que alguna vez había caído en su planeta. Dayro tenía muchas preguntas, sin embargo, una le causaba más curiosidad que cualquier otra: —Después de todo lo que ha pasado, ¿cómo pueden seguir tan felices?

Delfos le sonrió con ternura y respondió: —Porque la alegría y el amor son nuestra principal fuente de resistencia. Los habitantes de Puente Nayero no perdemos la esperanza de volver a ser un planeta donde todos sus habitantes amen el territorio y nos cuidemos unos a otros, un planeta donde haya paz. El profesor Delfos le explicó a Dayro que, para que esto sucediera, tendríamos que cuidar de nosotros y de todos los otros que habitan en el territorio y que hacen parte de la naturaleza.

Dayro sintió cómo su corazón latía con fuerza y la energía del lugar lo envolvía. Dayro se dio cuenta de que los ríos no eran solo agua, sino caminos por donde viajaba la vida. Que los árboles no eran solo troncos, sino refugios para pájaros, monos e insectos. Que el mar no era solo olas, sino el hogar de muchas especies.

—¿En qué piensas, muchacho? —preguntó el profesor Delfos.

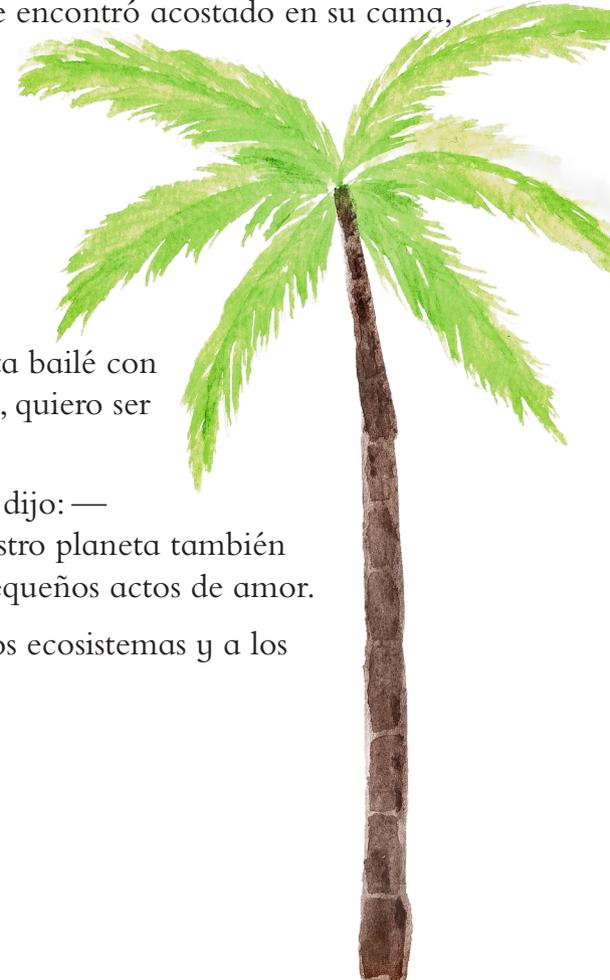
Con una gran sonrisa en el rostro, Dayro respondió: —Gracias por enseñarme la importancia de cuidar nuestro territorio. Ya sé que cuidar la naturaleza es como cuidar a una gran familia.

El profesor Delfos sonrió e invitó a Dayro para unirse al baile. Entre vuelta y vuelta, Dayro volvió a sentir sueño, como si sus ojos se cerraran arrullados por la música. De repente, un sonido familiar lo hizo parpadear. Dayro abrió los ojos lentamente y se encontró acostado en su cama, pero de un salto y con mucha emoción comenzó a gritar:

—¡Abuelita, abuelita! Tuve el sueño más increíble del mundo. Viajé a un planeta hermoso, lleno de ríos, bosques y animales que hablaban. Conocí al profesor Delfos, un delfín muy sabio que me enseñó lo importante que es cuidar la naturaleza, porque es nuestro hogar y el de muchas otras especies. Me enseñaron lo importante y hermoso de vivir en paz con todos los habitantes, animales, árboles, y con toda la naturaleza. ¡Hasta bailé con ellos! ¡Quiero ser un jaguar protector como aquellos que conocí, quiero ser un líder!

La abuelita sonrió con orgullo, cogió la mano de Dayro y le dijo: — Es un aprendizaje muy valioso, y lo más hermoso es que en nuestro planeta también podemos ser guardianes de la naturaleza; todo comienza con pequeños actos de amor.

En ese instante, Dayro prometió ser un líder que protegiera los ecosistemas y a los habitantes de su comunidad.



## El peso del oro<sup>11</sup>

La primera vez que Ana vio Cajamarca fue desde la ventanilla del helicóptero de la empresa. Abajo, el verde intenso de las montañas ondulaba como un mar petrificado, interrumpido por fincas dispersas y ríos que brillaban como hilos de plata.

Ella había sido contratada por una empresa minera reconocida internacionalmente para hacer el estudio de impacto ambiental y evaluar la viabilidad de un proyecto minero en las montañas cajamarquinas. Su labor era estimar los riesgos y asegurar que el proyecto cumpliera con los estándares ambientales, pero ella sabía en el fondo que la empresa esperaba un concepto favorable que les permitiera continuar con sus actividades.

El primer día de trabajo de campo transcurrió entre papeles, planos y reuniones con el equipo técnico. Planificaron la toma de muestras de agua, suelo y vegetación en las montañas de Cajamarca, territorio de la futura mina, y otorgaron responsabilidades a cada integrante. Ana debía apoyar en la toma de muestras y realizar entrevistas a algunos residentes de un sector en la vereda La Luisa. Para esta última tarea, los directivos de la empresa insistían en destacar los beneficios del complejo minero: empleo, desarrollo y riqueza para el pueblo. Ana asentía, convencida de que su papel era meramente técnico.

Esa noche, Ana soñó con su abuela Mercedes, una mujer campesina boyacense que pasó su vida cultivando papa, mora y cebolla larga. En el sueño, Ana era aún una niña; podía percibir el olor de la estufa de leña, ver el verde de los campos y sentir el frío del subpáramo en sus mejillas. Mientras Ana experimentaba extasiada ese añejo recuerdo en su sueño, su abuela la tomó con su mano, de textura áspera y rugosa por labrar la tierra, la miró fijo a los ojos y le dijo: «Mija, cuando se sequen los ríos y se acaben las montañas, los humanos se darán cuenta de que el dinero no se come».

---

11 Autores: Laura Quévedo Álvarez, Alfredo Vega Quiñones, Lorena Ibagón Gutiérrez y Luis Miguel España Leal



Ana despertó en ese instante con el estruendo de su alarma y la apagó rápidamente. Aun con los recuerdos vivos de su sueño, se levantó de la cama, corrió las cortinas grises, observó cómo el sol se asomaba tímido en el horizonte y escuchó el canto de un gallo lejano; ya era hora de trabajar.

Después de un baño rápido y una taza de café que había comprado molido en una tienda local, se calzó las botas, ajustó su casco y salió al campo. Tomó las muestras del suelo rico en nutrientes donde las lombrices y microorganismos tejen las redes invisibles de vida; analizó la composición del agua de la quebrada ‘La Arenosa’, quedando complacida por la buena calidad del agua; anotó la composición de la vegetación, resaltando al roble negro (*Trigonobalanus excelsa*) en peligro de extinción, y entrevistó a algunos habitantes, quienes miraban con recelo su libreta.



«Dicen que ustedes vienen a llevárselo todo», le espetó un campesino, divisando las montañas donde un grupo de loros orejiamarillos atravesaba el cielo en bulliciosa bandada. Ana se quedó callada un momento. Su formación como ingeniera ambiental le había enseñado a mantener la objetividad, pero las palabras del anciano le removieron los recuerdos de su niñez y sus raíces. Dudó con la pluma suspendida sobre el papel.

Ella había investigado sobre Cajamarca, sobre la riqueza de su tierra, que no solo radica en los minerales del subsuelo, sino en los más de treinta alimentos que producía para el mercado local y para proveer a todo el país, entre ellos la arracacha, café, frijol y gran variedad de frutas. Al siguiente día, durante la exploración de la zona de impacto directo, Ana descubrió que el proyecto requeriría desviar tres quebradas que abastecían

de agua a varias veredas. El plan contemplaba «compensaciones», pero Ana sabía por experiencia que las funciones sociales y ecológicas que cumple un río no se compensan fácilmente. Además, los niveles de cianuro que se usarían en el proceso de extracción eran considerables y, a pesar de los sistemas de contención propuestos, un accidente podría ser catastrófico para todo el ecosistema.

Este descubrimiento profundizó su desasosiego. Lo que ponía en riesgo no era solo un paisaje bonito, sino lo que los locales llamaban «La despensa agrícola de Colombia». Como digna nieta de doña Mercedes, Ana reconocía el valor de la cultura y la vocación campesina, sus conocimientos ancestrales, su gastronomía y el gran aporte a la soberanía alimentaria del país, es decir, la capacidad de una comunidad de producir sus propios alimentos sin depender de importaciones o mercados externos.



Durante los siguientes días, Ana continuó tomando muestras y recolectando la información solicitada por sus jefes. Su sentimiento de incomodidad crecía a medida que hacía más entrevistas y profundizaba su conocimiento del territorio.

El quinto día, Ana despertó con un sinsabor por su responsabilidad en el contexto actual del pueblo. ¿Qué podría hacer yo?, se preguntaba, mientras enviaba su informe preliminar. Las cifras eran claras: el ecosistema sufriría una transformación irreversible que podía afectar en gran medida la estructura y calidad de los ríos de la región y la capacidad de la tierra para producir los alimentos que comercializaban en todo el país. Sabía que la empresa esperaba un informe más optimista, pero Ana se limitó a registrar los datos tal y como eran y los reportó en los formatos establecidos.

Al caer la tarde, decidió salir a despejarse para aliviar el estrés que le estaba generando su trabajo. Se cambió la camisa con el logo de la empresa y dejó su carné en el hotel. En la plaza de Cajamarca, una manifestación tomaba forma. Carteles con frases como «Agua y vida, no oro y muerte» ondeaban en manos de campesinos, mujeres, jóvenes y niños. Se acercó, atraída por el bullicio y por el olor a leña que emanaba desde el núcleo de la congregación.

Una gran olla comunitaria era la causa de aquel aroma. Ana miró aquel contenedor metálico, con su base ennegrecida abrazada por el fuego, y recordó el sueño que tuvo la primera noche. Su cuerpo se estremeció advirtiendo las palabras de su abuela justo antes de despertar.

Se sentó cerca de un grupo que conversaba con pasión. «Nos prometen trabajo, pero ¿por cuánto tiempo? Cuando se acabe el oro, ¿qué nos dejarán?», dijo una mujer de mediana edad, sembradora local, que tenía las manos gruesas y la mirada llena de firmeza y convicción. «Nos dejarán ríos envenenados y tierra infértil», agregó otro, señalando hacia el río Bermellón. Un joven se levantó y con voz firme declaró: «Nosotros alimentamos a Colombia. Sin esta tierra, sin esta agua, ¿qué será de nosotros?».

Ana sintió un nudo en la garganta, y decidió ubicarse en torno al fuego que calienta los alimentos, y mientras se deleitaba con la danza de las brasas, escuchaba el nombre de los ingredientes que ingresaban a la olla. Los asistentes y manifestantes, oriundos de Cajamarca, son quienes los describían en prosa:

*Soy cajamarqueño, mi señora es cachaca  
nunca dejamos de comer arracacha*

*Al amaneció que durmió en el piso  
sal, pimienta y tomate e guiso*

*De tierra andina, orgullo y sabor,  
la papa en la mesa es puro amor.*

*Maduro o verde, dulce o salado,  
el plátano siempre está a mi lado.*

*Frijolito tierno, frijol calado,  
con arroz y chicharrón, bien acompañado.*

*En sopa, en borno, frito y dorado,  
el pollo es un abrazo bien sazonado.*



Los juegos de palabras provocan sonrisas y carcajadas. Mientras que Ana, en su mente, reflexionó:

«El territorio es vida, es raíz y memoria,  
no se vende por oro ni falsa gloria.  
Su riqueza no brilla en metal codiciado,  
sino en ríos, montañas y suelo sagrado»

Al caer la noche, algunas botellas aparecían después de la gran comida. Era el guarapo, preparado por las asistentes a la manifestación, que llevaban sus recetas locales para compartir. La gran conglomeración se dispersó; solo quedaban algunas personas alrededor de las brasas tenues que aún avivaba el viento. Ana, entre bostezos, decidió retornar a su habitación y descansar de este largo día.

La mañana siguiente, Ana se despertó con el sonido de la alarma. Mientras saboreaba su café matutino que llenaba la habitación con su aroma intenso, revisó su teléfono y descubrió tres llamadas perdidas de la noche anterior, que había recibido durante el tiempo que había pasado en la olla comunitaria. Todas eran de su jefa quien, al no obtener respuesta, le había dejado un mensaje de voz.

—Ana, revisé tu informe. No nos favorece mucho, ¿no crees? Hagamos algunos ajustes, suavicemos los datos. Nada grave, solo que la empresa no puede permitir estos datos porque afectaría al proyecto.

Ana se quedó en silencio, miró su pantalla, escuchando por enésima vez el mensaje de su jefa. En su interior, la batalla entre la razón y la ética se había resuelto con una verdad ineludible: los datos no eran solo cifras, sino testimonios de una realidad que no podía ser maquillada sin traicionar todo aquello en lo que realmente creía. Pensó en su abuela, en las quebradas serpenteando entre las montañas como venas de un cuerpo vivo, en las palabras declamadas en la plaza y los rostros de quienes dependían del agua limpia y de la tierra fértil. ¿Qué valor tenía la información si servía para encubrir la devastación? ¿De qué le servía su título profesional si lo usaba para justificar un daño irreparable? La empresa le había ofrecido un buen salario y estabilidad, pero ahora entendía que el costo era su propia conciencia.

Esa noche no durmió; no podía quitarse de la cabeza lo que le dijo su abuela. En el sueño pensaba que, al igual que ella, los campesinos de la zona tenían un papel fundamental en la vida y conservación de los ecosistemas. Se revolvió en la cama, debatiéndose entre la seguridad de un empleo y el valor de la verdad. Finalmente, al amanecer, tomó su decisión. Con el primer rayo de sol, redactó un correo: «No puedo modificar los datos. Mi informe se mantiene en su versión original». Respiró hondo y apagó el teléfono.

Con cada palabra de su informe, Ana sentía que cumplía con su verdadera misión: no defender a una empresa, sino honrar la vida que sostenía aquella tierra. La ciencia debía ser un puente hacia la verdad; ningún desarrollo podía ser sostenible si no respetaba la vida misma. Y la ética, la brújula que guiaba sus acciones, le permitió recordar que la integridad profesional no consistía en ser funcional a quien pagaba su salario, sino en ser fiel a la verdad y a su impacto en el mundo.

Afuera, en Cajamarca, los gallos cantaban y el pueblo despertaba a un nuevo día de resistencia. Ana observaba desde su ventana cómo los campesinos caminaban hacia sus parcelas, llevando consigo no solo sus herramientas de trabajo, sino también la determinación de proteger el verdadero tesoro de estas tierras: la vida que fluía en cada gota de agua, en cada semilla, en cada amanecer.

Aunque Ana sabía que su conducta le iba a costar su trabajo, su conciencia estaba tranquila y su abuela estaría orgullosa de ella.

[100]

# Dedicatoria y agradecimientos

Este libro está dedicado a todas aquellas personas que han resistido, vivido y construido territorio en Colombia a través de diferentes iniciativas de conservación y cuidado de la biodiversidad, expresiones culturales en todos sus niveles y construcción de tejido comunitario.

La docente Rosario Rojas Robles y sus estudiantes de la asignatura «Ecosistemas y sociedad» de la Maestría de Medio Ambiente y Desarrollo 2024-2, del Instituto de Estudios Ambientales (IDEA) de la Universidad Nacional de Colombia, queremos agradecer profundamente a las personas y comunidades de los sitios visitados durante la salida de campo realizada en el curso de la asignatura. Infinitas gracias por habernos permitido entrar a sus territorios, por mostrarnos sus vivencias, sus luchas y proyectos. Esperamos que este libro se sume a los caminos de vida y esperanza de cada uno de estos lugares, y que refuerce la construcción de la memoria en cada uno de sus lectores.

De manera muy especial, a continuación, agradecemos a anfitriones, guías, líderes ambientales y a las comunidades, quienes nos acogieron con amabilidad a finales del año 2024:

- En Honda y Mariquita, agradecemos a Alejandro, guía del Museo del río Magdalena, a don Raúl, pescador artesanal de Honda, y al guía de la Casa de los Pintores.
- En el Parque Nacional Natural (PNN) Los Nevados, agradecemos a don Jaime, como guía de la ruta al Geoparque Volcán del Ruiz y Laguna Negra y a los guías, quienes nos ayudaron y auxiliaron cuando nos faltó el aire en la alta montaña.
- En Dosquebradas, Risaralda, agradecemos a Yeison y a Wilson, miembros del colectivo multicultural Av. del Río, y, en general, a la comunidad del barrio San Judas – Otún, que lucha día a día por levantar su barrio. Esta comunidad avivó nuestro espíritu desde el *hip hop*; allí levantamos un grito fuerte por la vida la noche de velitas.
- En el Santuario de Flora y Fauna (SFF) Otún Quimbaya y en El Cedral, agradecemos a Victor y su familia, que nos recibieron en su casa. A Gerardo y Santiago, quienes fueron

nuestros guías, anfitriones y compañeros de baile y juerga en El Cedral. A Miguel, líder campesino de El Cedral, que nos enseñó las complejidades de la conservación y a pensar en horizontes de convivencia y cuidado entre ecosistemas y culturas en los páramos. A los guías del SFF Otún Quimbaya y a los conductores de los *jeeps* que hicieron posible nuestro traslado a El Cedral en víspera de la noche de velitas.

- En la Laguna de Sonso y en Yotoco, agradecemos a Natalia y a la señora María Donelly, como guías del Centro de Educación Ambiental Buitre de Ciénaga - Distrito Regional de Manejo Integrado Laguna de Sonso o el Chircal, a quienes admiramos por su profundo conocimiento en alimentación y medicina para el alma y el cuerpo. A don Cristóbal, que que resaltó el valor de las pequeñas cosas, y a la señora Nancy; ambos como anfitriones en la Reserva Nacional Forestal Bosque de Yotoco.
- En San Cipriano, agradecemos a la comunidad de la Reserva Forestal Protectora Nacional de los Ríos de San Cipriano y Escalerete, a Narcilo Rosero, líder ambiental, vivo ejemplo de compromiso y resistencia, y a los trabajadores del acueducto Río Escalerete.
- En Guapi, agradecemos a Silvio, Aura María y Carmen, miembros de Cococauca; y a Jorge y la agrupación musical Reencarnación del Pacífico, que nos pusieron a bailar al son de la música tradicional y el viche.
- En la Isla Gorgona, agradecemos a los guías y a la comunidad residente del PNN Gorgona.
- En Sanquianga, agradecemos a los guías del PNN Sanquianga.
- En Buenaventura, agradecemos a Jhonny, a la señora Nora, al señor Francisco y a toda la comunidad de Puente Nayero.
- En Cajamarca, agradecemos a los miembros de la Corporación Semillas de Agua y a la comunidad de la vereda Rincón Placer, que nos demostraron que un pueblo organizado, con perrenque y vocación agrícola puede defender la vida y el territorio.

Un agradecimiento profundo a todas esas sintiencias animales y vegetales que estuvieron a lo largo de nuestro viaje. A las complejas redes de lo vivo que son soporte del agua, del aire y del suelo; las que nos observaron y fueron testigas de nuestras torpezas y nuestro bullicio y que también fueron

objeto de conocimiento, inspiración, admiración y reverencia. Espíritus del bosque, de la montaña y del páramo, aves, caimanes disecados, ranas nocturnas, dantas comedoras de fruta, murciélagos, peces y pececitos, y muchos más; a ustedes nuestro reconocimiento. Finalmente, gracias a las almas y espíritus imperecederos de quienes con sus luchas hacen posible el florecimiento de la vida y la naturaleza en comunión, hoy son luz y son semilla; esto va dedicado también a su memoria.



## **Autores de las ilustraciones en orden de aparición**

### *La subienda perdida: un viaje con el Mobán*

Yazmin Johanna Aldana Holguin  
Gabriela Pinto Rodríguez  
Gabriela Pinto Rodríguez  
Daniela Forero Niño y Andrea Ucross  
Daniela Forero Niño

### *El llamado de Cumanday*

Ana Milena Quintero Agámez  
Juan Jose Juzga  
Ana Milena Quintero Agámez  
Alfredo Vega Quiñones

### *Momotus, el abuelo de las aves*

Leonard Guerra Montañez  
Leonard Guerra Montañez  
Paola Sánchez Ramírez

### *Las raíces de lucha de un viejo roble*

Leidy Nataly González Castiblanco  
Leidy Nataly González Castiblanco  
Gabriela Pinto Rodríguez  
Leidy Nataly González Castiblanco  
Gabriela Pinto Rodríguez  
Leidy Nataly González Castiblanco  
Leidy Nataly González Castiblanco  
Leidy Nataly González Castiblanco  
Leidy Nataly González Castiblanco

*Guardianes de la laguna*

Lina Sánchez  
Daniela Forero Niño y Andrea Ucross  
Nicole Franco León  
Lina Sánchez  
Nicole Franco León

*San Cipriano: memoria, resiliencia y sabor*

Nicole Franco León  
Ana Milena Quintero Agámez  
Paola Sánchez Ramírez  
Lina Gómez Rodríguez  
Ana Milena Quintero Agámez  
Lina Gómez Rodríguez  
Nicole Franco León

*Yaré, la guardiana de Guapi*

Diana Ramírez Camacho  
David Barajas y Cindy Martínez Hurtado  
Juan José Juzga  
David Barajas y Cindy Martínez Hurtado

*Un paraíso en peligro: el mensaje de Gorgona*

Lina Gómez Rodríguez  
Lina Marcela Cifuentes Correa  
Lina Marcela Cifuentes Correa  
Lina Gómez Rodríguez  
Lina Sánchez

*Cuando la marea sube, el manglar suena*

Laura Milena Beltrán Barón  
Laura Milena Beltrán Barón  
Sergio Vargas Correa  
Paulina Rojas Lamos  
Laura Milena Beltrán Barón

*Planeta Ventura*

David Barajas y Cindy Martínez Hurtado

Abigail Ramirez Olmos

Salome Bayona Olmos

Luciana Bayona Olmos

Salome Bayona Olmos

Lorena Ibagón Gutiérrez

*El peso del oro*

Luis Miguel España Leal

Luis Miguel España Leal

Laura Quevedo Álvarez

Alfredo Vega Quiñones

Esta publicación se desarrolló como trabajo final de la asignatura Ecosistemas y Sociedad, a cargo de la profesora Rosario Rojas Robles. Esta asignatura hace parte de la Maestría en Medio Ambiente y Desarrollo del Instituto de Estudios Ambientales (IDEA) y la Facultad de Ciencias Económicas, de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

Los relatos y las ilustraciones que componen este libro fueron elaborados por los estudiantes de la asignatura en mención, durante el segundo semestre de 2024. La edición del texto fue realizada por Camilo Rodríguez y Rocío Barajas Sierra, y la edición de las ilustraciones, por Luis Miguel España Leal. La diagramación del libro fue realizada por Rocío Barajas Sierra.

El cuerpo del texto se compuso en Bembo Infant MT Sdt Regular, creada por Francesco Griffo y Monotype Design Studio, y los títulos se compusieron en Hangyaboly, creada por Roland Huse Design.

**Bogotá, marzo de 2025**







